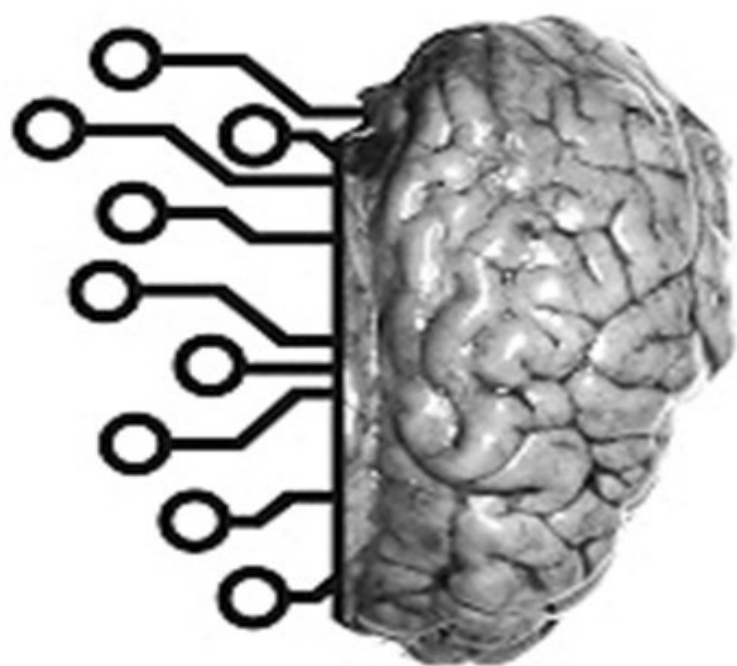


EL ARTEFACTO

Germán Sierra



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?

EL ARTEFACTO

GERMÁN SIERRA

Traducción del inglés

Javier Calvo

Ilustraciones

Juan Alberto Abia

DE CONATUS

COLECCIÓN
¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY?

Título original:
El artefacto

Copyright © by Germán Sierra
First published in 2018, Inside the Castle

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S.L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

© De la traducción: Javier Calvo

Ilustraciones: Juan Alberto Abia

Primera edición: 06/2020

Diseño: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-38-6
Producción del ebook: booqlab.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

*Los virus tienen algo que decirte.
Algo oscuro y secreto.
El hecho de que nuestros cuerpos nunca fueron nuestros.*

*Nuestros cuerpos pertenecen al mal, a la crueldad, al Sol.
Sólo nos pertenecen las formas en que nuestros cuerpos se rompen.*

De esta manera mis enfermedades me hacen real.

*Un río de pus es mi amor por el mundo,
movimientos tectónicos y conversaciones no articuladas,
vulnerabilidad en la casa doce.*

FENG SUN CHEN

No existe el fracaso, sólo el retroefecto

MARC COUROUX

Para Cruz y Nico

Para todos los que sabéis
que nadie puede tener el control del lenguaje.

1
MUÑÓN

∞



UN RASGUÑO PARA EMPEZAR

Esto no es la vida real.

Esto no es ficción.

Esto no es una novela.

Esto no es una salida.

Aunque quizás sí una huida. Un fuego ligero de bombas bárbaras abstractas ilumina el futuro. Es igual que construir un arca. Antes del diluvio, cuentan, los humanos se apareaban con dioses, ángeles, cocodrilos... Luego evolucionamos para convertirnos en parásitos que sorben mentes, que flotan en ojos inyectados de sol de dioses amnésicos, empujándolos a devorar estrellas gigantes, a crear y destruir, secuencialmente, universos.

Esto no es un sueño.

Esto no es una pipa.

Esto no es una canción de amor.

El día después de que me telefonara mi ex alumno, un pájaro azul madrugador chocó contra la ventana de mi sala de estar y se rompió el cuello y dejó la huella de un beso fantasma gris con restos rojo-sangre de labios destruidos por el bisturí de un cirujano loco e hizo un ruido como si alguien golpeará un gong chino con una bola de masa de pizza. Yo estaba bebiendo café y zumo de naranja mientras leía en mi iPhone los correos electrónicos que había recibido durante la noche / leía las noticias de Google en la pantalla del ordenador / me fumaba un Marlboro / celebraba que se había terminado por fin el semestre y no tenía que coger el puto autobús del campus a las 7:30 y gruñirle los buenos días a la muchedumbre tentacular, compuesta mayormente de estudiantes hipnotizados por el feérico resplandor lechoso de sus teléfonos y fundiéndose entre ellos igual que una colonia de murciélagos se combinan para formar a Drácula / con la luz polvorienta del sol lijándoles las caras / con los edificios de ladrillo de inspiración italiana de la colina a punto de derretirse y derramarse sobre la entrepiera verde de algún titán subterráneo en proceso de despertarse. Mi casa -esta casa nacida vieja que compré hace un par de años, cuando decidí abandonar mi diminuto apartamento del centro y trasladarme a una zona residencial zombificada más próxima al campus- estaba exactamente igual que la noche anterior; no había rastros de otros seres humanos, residuos de ideas absurdas abandonados al letargo profundo y a los subsiguientes sueños todavía suspendidos del techo, entre otros frutos oscuros putrefactos de la noche arrastrados por la brisa como polvo resplandeciente que cae sobre las finas briznas de la hierba. Las mañanas, cuando no tienes que estar temprano en el trabajo, son la mejor hora del día para estar solo, sin lavar y aturdido. No hice ningún caso del pájaro: me sentía tranquilo, las calles eran un monumento silencioso a la perpendicularidad, mis libros estaban bien ordenados en los estantes, un millón de hojas verde-espejo hacían trizas la luz del sol ametrallada, no tenía que ir a trabajar temprano... Los bichos carroñeros y las hormigas esclavas se encargarían del cadáver,

dejando un ominoso amuleto de huesos mundos entrecruzados y plumas delante de mi puerta. Me limité a tomar nota mentalmente de que había que duchar la ventana: los pájaros son considerablemente más sucios de lo que parecen. El tiempo venía de todas partes, pandemoníacamente, comiéndose las líneas eléctricas, corrompiendo la luz misma, la gravedad misma, la mente misma. El tiempo llegaba con una rapidez violenta -como Mori abofeteándome, haciéndose trizas encima a punto de correrse-, con aspereza y sucio de polvo de miedo, residuos orgánicos, cascotes volcánicos y ojos relucientes, inflados naufragados.

Nunca has oído hablar de nosotros. No sabes nada de mí. Nada menos.

Sin embargo, es perfectamente verosímil, e incluso muy probable, que te podamos contar entre los miles y quizás millones de personas que han presenciado el resultado indirecto de nuestra actividad. Nuestro trabajo está ahí fuera, temblando de forma imperceptible, con un ligero zumbido, en las sombras, esperando a que enciendas las luces de tu máquina.

Tú, máquina, eres.

En otra época, las máquinas se imaginaban un futuro en el que se fundirían encantadas con los hombres; ahora los humanos perseguimos un destino mecánico que sentimos eléctrico y nos imaginamos bajo control.

Síntesis de estrellas.

Nunca, hasta ahora.

Entretanto.

Aunque.

Quizás, suponemos, has vislumbrado nuestro trabajo pero nunca le has prestado la bastante atención (tan ingrato es, y tan sometido -el reconocimiento del talento que ponemos en juego- a los caprichos del azar) como para emitir tu voto o por lo menos ponerle un corazón a alguna de las encuestas que, con periodicidad rigurosa y disimulo creciente, llevan a cabo ciertas franquicias multinacionales especializadas en evaluar compañías como la nuestra. Startups. Compañías recién llegadas. Caídas del cielo. En lo más alto al principio, en plena caída ahora. Absurdo, lo sé. Ritmos vanidosos. Al final de la jornada, sólo un individuo de cada mil -o de cada diez mil, es imposible calcularlo con precisión- se ve realmente afectado por las conclusiones de nuestras cogitaciones...

...y entre éstos, sólo unos pocos reaccionarán tal como nuestros clientes esperan y confían a fin de considerar bien gastado el dinero que nos pagan para poder volver a sus casas convencidos de haber hecho un buen trabajo. Todo es cuestión de porcentajes, de sutiles fluctuaciones de un índice, atribuibles -en este maldito negocio no hay nada estrictamente demostrable- a nuestra intervención, dado que el público sobre el que podríamos ejercer cierta influencia todavía es demasiado escaso como para esperar que tengamos un impacto enorme. A veces creo que somos una especie de manifestación del otro mundo, espíritus sin cuerpo hablando con cuerpos sin espíritu. Entretanto,

la luz.

O la materia oscura.

Esa cosa esponjosa que fluye y sueña que reptar por el abismo afótico. La parte potable de la piel interior, entrañas iridiscentes llenas de pliegues y cubiertas de líquen lípido, pálidas o sanguíneas, lugar-medusa. Por fuera todo es cálculo: grandes datos. Después de asustar a la muerte, es posible penetrar en los moluscos comestibles de la piel. Hay varias formas de hacerlo, pero muy pocas son indoloras e inocuas. Poros y orificios. Hay festines bacterianos idénticos a lenguas rígidas y salinas. Si no has leído las instrucciones con detalle, vuelve a las páginas anteriores: en caso contrario no podrás ensamblar la figura. Observa este texto a través del microscopio adjunto. Por lo menos el instrumento óptico tiene la ventaja de simular una semejanza. Ves paisajes, mapas que muestran que no hay interior, sombras oscuras de mobiliario, de carne mal iluminada. El dolor es mecánico, o bien una traducción de la mecánica al idioma borboteante de la sarna. A través de la espuma de vidrio -puede ir despacio, con delicadeza y cuidado- la agonía es como acercarse a un horizonte o comprar lividez en un supermercado. Vacunarse puede ser aconsejable.

(Estaríamos encantados de proporcionarle el número exacto de ordenadores y dispositivos móviles en los que se ha visualizado nuestro neuro-anuncio, así como información estadística adicional y metadatos sobre ubicaciones de GPS, sistemas operativos, navegadores, derivaciones, búsquedas previas, etc. Una pequeña porción de los grandes datos. Pero resulta imposible establecer con precisión cuánta gente ha prestado atención -¿y qué es eso, a fin de cuentas?, ¿la asignación de recursos de procesamiento de la que habla John Anderson?- al anuncio, y durante cuánto tiempo les siguió resonando en la memoria... Una simple porción de información irrelevante y vertiginosa que salta de la retina al tálamo y al córtex visual primario y al hipocampo y al córtex inferotemporal, y desaparece -¿se desmadra?- sin dejar rastro... O algo más permanente, un engrama, un recuerdo en una unidad de memoria capaz de reclutar actividad de otras redes, agregando información dentro de un contexto determinado y...)

En realidad este texto no lo estoy escribiendo yo, quizás lo está escribiendo mi amigo y ex socio profesional Gaspard Pont. Ni siquiera sé si Gaspard Pont todavía está vivo y escribiendo en secreto en vez de, por ejemplo, fumando cristal y follándose a chavales. Me limito a fingir que está sentado en algún lugar, delante de la pantalla de un ordenador, asumiendo que cada vez que supuestamente escribe “yo” en realidad está haciendo un mapa de bits de mi yo. Y allá voy, mi mente escapa del lenguaje de programación en el que supuestamente ha de estar enjaulada, cavando un hoyo nuevo en el vacío, flotando en el aire con la suave ingravidez de los anuncios. Gaspard Pont estaría escribiendo en un idioma extranjero tanto para él como para mí, pero que usamos para comunicarnos entre nosotros. Mi idioma es Muerte, el creador de mundos. Escribir en un idioma extranjero es como estar enamorado de alguien desconocido por Internet: una exploración continua de huellas radiantes y probablemente falsas de su conducta.

Él diría idioma *extranjero* y no *segundo* idioma porque no es un idioma que hable con regularidad, sólo una jerigonza literaria dotada de una estructura-historia celular-molecular muy particular en la sopa de sodio que le llena la cabeza. Pero, a quién le importa. Ahora escribir es una acción distribuida que involucra a gente viva y muerta y a un montón de máquinas no vivas, cosas que simplemente avanzan automáticamente en espiral, palabras que aparecen en una pantalla o en una piel o en cualquier superficie inscribible para disponerse como bandadas de pájaros o

insectos que se organizan espontáneamente en forma de frases y párrafos y qué sé yo en cualquier idioma o idiomas, letras romanas mezcladas con ideogramas, iconos, jeroglíficos, manchones abstractos, infectándose entre sí, moldeándose entre sí como organismos en recombinación perpetua.

No estoy escribiendo. Estoy acostado en una habitación que no es la habitación donde estás tú ahora; y ciertamente tampoco es la habitación de Alvin Lucier. Estoy incómodamente acostado en el suelo de esta habitación, boca arriba, callado, atado y con los ojos vendados. La habitación no está vacía, pero como diría Estragón: *no le falta vacío*. La de Lucier era una sala de rumores; quizás estuviera intentando sugerir que toda sala está encantada y que hasta la última voz es una voz fantasmal. En su ensalmo, Lucier estaba *grabando el sonido de su voz y reproduciéndolo de nuevo en la sala, una y otra vez, hasta que las frecuencias resonantes de la habitación se reforzaban a sí mismas y eso destruía toda semejanza con su habla, salvo quizás el ritmo*. Lo que oyes cuando escuchas sus grabaciones son por tanto *las frecuencias resonantes naturales de la sala articuladas por el habla*. Él consideraba esta actividad *no tanto la demostración de un hecho físico, sino más bien una forma de pulir cualquier irregularidad que pudiera tener su habla*. Quizás Lucier también estuviera intentando mostrar que todo cráneo es una sala -una cámara grotesca de hidroxilapatito provista de arcos, bóvedas y ventanas- susceptible a las presencias fantasmales. (Esto tiene cierta importancia aquí, porque es posible que yo sea una de las pocas personas que han sido testigos de un cráneo encantado).

Estoy esperando a oscuras, no en la oscuridad de la sala sino en la mía propia, mi puta oscuridad. La sala está presuntamente atiborrada de pequeñas orugas enroscadas, histéricas y multicolores que interfieren entre sí y se fusionan, frecuencias resonantes en el espectro visible de la realidad oscilatoria. Los objetos no paran de gritar. Gritar es la naturaleza de las cosas. Lo llamamos silencio porque esas vibraciones inquietantes -distintas a las vibraciones del habla de Lucier- nos resultan asombrosamente inaudibles. Addia me ha instruido para que guarde silencio -la noche le había impreso los ojos en negro-, y por tanto mi cuerpo grita su letanía inaudible. Es inaudible porque estamos dotados y acostumbrados a la ventana-ruido de la vida que muere y a la vida exuberante del ruido que muere, pero la vida no es, a fin de cuentas, casi nada, sólo un pequeño remolino en un Universo maravillosamente inorgánico; un vórtice diminuto, un estremecimiento microscópico en una mota de polvo quemada por las estrellas y arrastrada por el gran grito. Las moléculas orgánicas son el humo evanescente del núcleo en llamas de la tierra, unos patrones dibujados por la fractalización de las corrientes eléctricas al encontrar rutas por entre unos materiales reticentes. Y aquí estamos, preguntándonos cuántos giros y vueltas le costó al fuego abrir ojos en la materia. Mirar a las estrellas. Ojos cerrados. Accidentes aviares. Trepanación virtual para dejar la puerta entreabierta. Gritar es la naturaleza de las cosas, y resulta extraño formar parte de una explosión-danza silenciosa y lenta de tiempo.

Ella entra descalza en la habitación. Reconozco el ruido de sus pasos suaves y apenas audibles, vibraciones que se expanden desde la percusión de sus pies sobre el suelo, absorbida y de alguna forma interpretada por mi esqueleto, y resuenan en mi caja torácica como ráfagas de aliento metálico que discurren por los tubos de un órgano de viento bien templado. Es lo primero que siento de su aparición, de su materialización a partir de la ausencia: una secuencia de pequeños latidos, como un demonio extravagante caminando de puntillas por la arena del desierto, el peso extraño y mojado de las gotas de mercurio que caen, una dulce palpitación en la sala de

engullir sonidos. Luego, cuando se me acerca, me fijo en las complejas variaciones de su fragancia, y cuando se acerca todavía más, el espacio circundante se vuelve íntimo -digamos *escrito*-, el caos atestado de las dulces voces de su cuerpo imprime el vacío. Empiezo a sentir el aire en acción, palpitando a modo de respuesta a su calor hidráulico. Ahora ella es el patrón de trastornos del aire que llena la habitación, es un espectro sensual y fragante que se despliega barrocammente, como una rosa imaginaria de podredumbre, en forma de microturbulencias que crean bucles interminables en la memoria líquida de un espejo. Con los ojos cerrados y privado de mi antena, ella llega a mí en forma de ondas lentas: impactos amortiguados en el suelo, movimientos cíclicos de aire colgando sustancias odorantes en mi sistema y variaciones infinitesimales pero sostenidas de la temperatura.

Mi antena es mi brazo protético: una extremidad artrópoda futurista de metal, cerámica y plástico anexada a mi húmero allí donde los huesos y la carne solían sorber sangre. Mi antena percibe el entorno a su manera meta-robótica y luego supuestamente sus sensaciones se traducen en forma de balbuceo carnal que mi cuerpo debería poder entender. No estoy seguro de si debería decir “el entorno” o, haciendo referencia a un concepto relacional, “mi entorno” o “su entorno”, quizás “el entorno de ellos”. ¿Es mi antena una parte de mí o sólo algo descargado de la nube universal de objetos molones? A veces me la imagino como un pararrayos que atrae señales electromagnéticas de un gigantesco sistema cósmico y las canaliza hasta el suelo a través de mi cuerpo bamboleante. Los seísmos corporales, como revoloteos de alas de mariposa, pueden invocar catástrofes horrendas en otros lugares. Provocar que caigan estrellas. “Quítate la antena”, me había instruido ella antes por teléfono. Desconéctate de la red espacio-tierra. Concéntrate *en ti*. ¡Sé *molusco* sólo *para mí*! Deconstruye esa naturaleza cibernética que te genera y muéstrate más que desnudo -depravadamente privado o privadamente depravado- ante mí. ¿Acaso esto quiere decir que ella considera mi prótesis algo distinto de mí, como un tercero en discordia, por así decirlo, una pro-antítesis que sería un obstáculo para la intimidad carnal? ¿O acaso la ve como una parte legítima de mí y por eso está encantada con la posibilidad de dejarla fuera, de disfrutar de mi cuerpo en un estado delicioso de desmembramiento e inconclusión física? Sólo hace un par de semanas que hemos estado jugando el uno con el otro y me asombra lo fácil y automáticamente que reconozco algunas de las propiedades físicas básicas de datos profundos de su cuerpo.

Interesarse por otros cuerpos implica ocultar el tuyo, cobrar consciencia de gradientes, redistribución, paranoia. Abrir un cuerpo no es una cuestión de cirugía sangrienta, sino de alquimia inmundada, de humedad y arena, de mezclar y quizás a veces de cristalizar. Un cuerpo es al mismo tiempo un problema y una sal, esperando a ser resuelto y disuelto, aunque, profundamente soterradas bajo nuestra brutal anatomía, a menudo nos perdemos la conducta astuta de serpientes y plantas carnívoras, su capacidad para engullir a un animal entero y digerirlo con deleite taciturno. Que las moléculas se sorban entre ellas, que rompan insensatamente los lazos químicos como bandas de niños psicóticos rompiendo finas patas de arañas. Me doy cuenta, por el calor y el aroma, que ahora la tengo desnuda a mi lado. Cada movimiento, cada sutil contracción de sus músculos habla un lenguaje esotérico que se desvanece antes de poder ser entendido, interpretado, traducido... Cada pequeña contorsión de su carne libera un torrente sincro/táctil de ondas agridulce/cálidas que me hackea la piel, las mucosas, las tripas y los huesos, la madera, el ácido, el azúcar, el metal, el humo, la menta, la sangre, el jabón, la tinta, la celulosa, el sabor terroso de

una sombra. Estoy acostado en una habitación y, sobre la superficie del papel de pared de silencio ordinario, toda semblanza de mi visión es destruida.

Luego huele a libro recién abierto y ella empieza a echarme letras sans-serif sobre la cara. Luego las briznas finas y frescas de musgo púbico me hacen cosquillas en el labio superior como una áspera pluma de cuervo, como los pasos innumerables de un ejército de hormigas. Luego ella anida cómodamente -aviarmente- en mi boca codiciosa, mis labios y sus labios vaginales se funden en el choque espumoso de dos criaturas abisales ciegas, nudibranchios disolviéndose entre sí: el monobraquio hidroide de un solo tentáculo en asociación epibiótica con el molusco pelecípodo. Células vacuoladas de consistencia casi cartilaginosa. Algas infladas exudando agua salada.

Del libro de P. H. Gosse *Veladas al microscopio* (1884): *Los sonidos proceden obviamente de la boca del animal; y en el instante en que sale impulsado, observamos cómo se separan los labios de repente, como para permitir que el agua inunde un pequeño vacío que se ha formado dentro.*

No puedo respirar, intento inhalar aire de las profundidades de su vientre, como un buceador asfixiado intentando sacar aire de unas bombonas de oxígeno agotadas. Ella se frota el clítoris contra mis labios hinchados, mi nariz, mi barbilla, mis párpados, mi frente. La venda se me sale pero lucho para mantener los ojos cerrados. Recorro con la lengua diferentes matices de superficie de piel, orgasmo automático de origami afilado, pasando cada página y mojándola hasta que se convierten todas en papel maché y las puedo chupar y roer y moldear dentro de la boca y luego escupirlas como si fueran chicle. Ella está vibrando. Como corazones de cristal y bebo sangre transparente. Está zumbando igual que mi antiguo teléfono cuando lo tenía silenciado. Por sorprendente que parezca, el calor se convierte en hielo alrededor de mi lengua, luego sobre mis labios y por fin me llena la garganta. Estoy bebiendo un gas en congelación, no agua sólida sino algo más helado, como el nitrógeno líquido, tan frío que me quema a medida que me llena las cavidades, tan helado que la luz me duele en la boca, en los pulmones, en el cráneo y en el estómago. Plasma de cristal helado haciéndome espeleología por las tripas. La escarcha, el dolor, se me expande por el cuerpo, me alcanza el brazo fantasma, se convierte en un placer extraño, intenso e indescriptible. El dolor y el placer se funden por todo el espacio que solía ser yo -que solía ser carne- y pierdo la consciencia sin ser consciente de la eyaculación, o de si he perdido el control de los esfínteres, o de si simplemente he muerto desangrado. Mi cabeza es una burbuja de sangre negra.

Me despierto en la cama de ella, a solas, pero no es la soledad incómoda e inteligible de mi casa. Sueños húmedos abisales que fueron subidos a mi cerebro y siguen operando como troyanos por mi sistema nervioso en ruinas. No se trata de mis no-cosas, perfectamente desplegadas en la habitación bañada en ámbar. Hay una nota sobre la almohada: “Espero que estés bien. Te desmayaste. Pensé que te había matado de asfixia, pero estabas respirando bien, simplemente estabas muy dormido. Así que te traje a rastras a mi cama... Yo también estuve a punto de desmayarme. Quizás me estoy encaprichando de ti”. El ADN de las células epiteliales de Addia danza como gusanos en el campo magnético de la llanura de la pantalla de su iPad.

Se me ocurrió de pronto que para vivir no hace falta orden. No hay patrón a seguir y el patrón en sí ni siquiera existe, escribió Clarice Lispector en *Agua viva*.

Había caminado de mi hotel a su casa, un trayecto de un par de millas. Era un paseo agradable entre los cadáveres de la noche convulsos ionizados marcados por flashes, absorbiendo la energía de parejas de capullos folladores, encajados entre láminas verticales de ladrillos, en callejones pintarrajeados, lavabos cenagosos y escaleras oscuras. Los perros apocalípticos de vigilancia ladraban desde la cara B de verjas florecidas de hierro. Los árboles, como esclavos contorsionados en crucifixión, agonizaban en el bulevar mal iluminado mientras la joven multitud abigarrada de peces boqueando se movía ansiosamente de un lado para otro. Las calles se ondulaban como gusanos parásitos royendo el asfalto de fresa derretida. Desde mi accidente no he querido volver a conducir. Estrés postraumático post-estructural, imagino. No me importa meterme en uno de esos anticuados vehículos mecánicos de hojalata y compartir chistes sobre el fetichismo que tenía J. G. Ballard con la carne metálica, pero dejo que conduzcan los demás.

Aunque el accidente no fue culpa mía: un dron controlado por una IA chocó inesperadamente contra el parabrisas de mi coche como un insecto gigante de acero procedente del espacio exterior.

A menudo describo mi accidente así.

1. Me atacaron los alienígenas.
2. Llevo tiempo en el punto de mira de Skynet.
3. Ahora hay robots sexuales que comen carne.
4. Se me cerró el agujero de un portal trans-dimensional alrededor del codo.
5. El sacrificio de una extremidad es un requisito no negociable en mi secta satánica.
6. Es una vieja tradición en la familia Skywalker.

A veces fantaseo con que el brazo me lo corté yo para librarme del pasado. El pasado estaba encajado en mi cuerpo tetrápodo impoluto y ahora ha sido eliminado y abierto, y quizás se regenere en otra parte a partir de mi extremidad perdida, generando un clon immaculado e iniciado desde cero. Así que estoy aprendiendo a amar los lúgubres fantasmas html-izados fusionados a partir del futuro fracturado, anhelando una atención situada muy por debajo de la pantalla del ordenador. Después de que me serraran el brazo, aprendí a mimar el dolor, la ausencia y la oscuridad. Dejé todo lo demás a un lado porque no había nada. Pero ya está todo bien. A veces pienso en mi antena como en un aguijón venenoso que tengo clavado en el brazo y que me infunde un soporte vital ponzoñoso, una anfisbena acorazada que me conecta con desconocidos por medio de su doble mordedura sincrona.

No estamos unidos al Otro, sino a su sombra, escribió Mark Horvath. Cuando me recuperé de la anestesia, tenía a un hombre de cara rosada de la compañía de seguros plantado al lado de mi cama de hospital y charlando con mi amiga Mori. Llevaba un anticuado traje gris plateado de tres piezas por encima de una camisa azul, y se lo veía un poco fuera de lugar en aquella sala retro-futurista de colores blanco y limón. Mi único recuerdo del accidente era ser golpeado, rajado y arrojado a un internet de dolor y después al vacío. La siguiente vez que recuerdo haberme despertado, Mori estaba sentada en el sillón amarillo tecleando en su portátil. Mori siempre está escribiendo en su portátil, observando la pantalla con una mirada ectoplásmica de absoluta

concentración que oculta el hecho de que es perfectamente consciente de todo lo que pasa a su alrededor. Siempre había llevado el pelo muy corto, pero ahora directamente se había afeitado la cabeza y estaba extremadamente hermosa, como una perla gris del Mar del Sur. Mori y yo nos habíamos dedicado a parasitarnos uno al otro en el pasado, colocados en forma de bucle escheriano para chuparnos mutuamente la sangre. Hasta vivimos juntos en su apartamento durante un semestre entero en un intento de desarrollar la simulación de una relación simbiótica, pero luego nos fuimos cada uno por su lado. Estábamos unidos a la sombra del otro. Yo llevaba más de tres años sin verla, así que fue una sorpresa encontrarla en mi habitación de hospital. “¿Sigo siendo tu contacto de emergencia? ¿Vives en el puto Pleistoceno o qué?”, me preguntó. Seguramente se había etiquetado a sí misma en algún momento en mi teléfono. Es lo típico que hace ella. Y yo nunca actualizo nada. Estaba atontado y colocado de opiáceos, o sea que la única frase que conseguí murmurar fue “¿cómo te va?”.

Estuvimos quizás enamorados durante un tiempo breve, en ese estado de delirio que causa la intoxicación transitoria de esos parásitos que engendra la carne humana para mostrar unos cuerpos lascivos. Se trata de un yo-parásito venenoso. Durante el proceso de desarrollar sus propios órganos de transmisión del veneno, envenena la carne. Sólo puedes conocer a alguien cuando has pasado y co-sobrevivido el proceso de inmunización, llegando a un continuo estado de post-amor en el que cada uno sabe que no hay nada que buscar ni en uno mismo ni en los demás, que hay algo que se puede reconocer mutuamente pero nunca compartir. Viviendo del recuerdo inconsciente de las embriagueces pasadas, el post-amor es un estado de excitación amable, libre, respetuoso, independiente y melancólico, la única forma que he conocido de llevarme bien con la gente que quiero de verdad. Supongo que es la sensación más parecida a ver crecer a tus hijos y darte cuenta de que nunca fueron “tuyos”, de que las historias que se contaban en torno a la idea de familia no son más que mitos insignificantes para conjurar el miedo a la muerte y, sin embargo, al mismo tiempo, sabiendo que les debes algo, que su vida discurre por las profundidades de lo que sea que eres “tú” con más intensidad todavía que la tuya en ellos. En el post-amor, Mori y yo nos hicimos amigos, luego follamigos, luego vivimos juntos y por fin nos fuimos cada uno por nuestro lado y nos hicimos coleguitas a larga distancia para siempre: no importaba, cada uno de nosotros era el hijo del otro.

Fragmentación. La agonía y el placer aparecen para mantener una imagen precisa de la integridad del cuerpo, de la importancia del cuerpo como todo imaginario capaz de jugar el juego de la vida, de recordar la fragilidad absurda del individuo. ¿Acaso los seres vivos que se reproducen por medio de fragmentación asexual sienten alguna clase de placer bioquímico al dividirse de forma intencionada? ¿Acaso se sienten incómodos cuando los hace pedazos arbitrariamente una roca que cae? ¿Acaso saben de antemano que sus fragmentos serán capaces de generar varios organismos nuevos completos? Quizás sea ése el efecto de los opiáceos, devolver al cuerpo a un estado primordial en que no había cerebro ni individuo ni integridad, sólo la confusión entusiasta de una vida que late; y en la que los sofisticados lenguajes del dolor y del placer todavía no se habían concebido.

Mori es el genio maligno desapegado que investiga el eslabón perdido entre la humanidad y las máquinas. En el fondo, los seres vivos siempre han sido cascadas de electrones. Se dedica a

ganar dinero las veinticuatro horas del día, y sólo le interesa la dinámica del flujo de divisas, nunca lo usa para comprarse cosas. El dinero le circula por la carne, le transita por las venas oscuramente elásticas como sangre eléctrica fosforescente que siempre está absorbiendo del terminal informático a través de las delicadas yemas de sus dedos. Es un cuerpo celestial que quiere alimentarse con dinero en código, una meta-procesadora de dinero en efectivo permanentemente conectada, una adicta al capitalismo de videojuego, que recicla la mayor parte de la riqueza que consigue transferir a sus muchas cuentas bancarias en forma de nuevas apuestas financieras; usándola, como fichas de casino de colores, para seguir jugando, para desbloquear un nuevo nivel de deseos rápidos y obtener nuevamente una chispa de reconocimiento en forma de luminiscencia de medusa transparente recién adquirida. El dinero no entendido como cosa - monedas, billetes, oro- sino como prístino eco-sombra de deseo abstracto, como huella de vientre de serpiente en el barro húmedo, onda de rumbo errático erótico umbrático de no vida prístina cristalina que invade cosas vivas. La fortuna no entendida como cosa sino como La Cosa, el organismo transformacional hiperplástico panformal que se infiltra orgiásticamente en la muerte-vida, sondeando su prueba, imitando a la carne, eliminando órganos con su clonación colonial espumosa, con su germinación y su ebullición. “Es apostar contra robots”, me dijo una vez. “Es excitante. No puedes ser más rápida que ellos pero sí puedes ser más lista”. Engañar al electro-súcubo para que se electro-folle tu cascada de electrones. Antes, yo buscaba figuras de Lichtenberg en su espalda, pero su piel siempre era inmaculada y fresca como si saliera del cascarón todas las mañanas. Los diagramas en perpetuo movimiento de su ordenador recordaban a registros unicelulares estadísticamente procesados en forma de gráficas de barras. Antes, solía patearse algo de dinero a base de alquilar cosas y pagar servicios, pero odiaba poseer cosas, de forma que casi nunca compraba nada más que comida gourmet, ordenadores nuevos y ropa negra mate muy básica que llevaba hasta dejarla completamente gastada. Aquella mañana llevaba un vestido negro y botas militares, y tenía las rodillas rojas y llenas de arañazos como si fuera una niña.

De forma que seguramente debería dar gracias a Mori por la muy generosa compensación que recibí de la empresa de IA, aunque ella nunca admitiría haber negociado con el tipo de la aseguradora acerca de mi periodo de recuperación. “Las compensaciones monetarias por accidentes causados por IA serán una fuente habitual de ingresos en el futuro” fue su forma de quitarse de encima más preguntas sobre aquella cuestión. La aseguradora también pagó los costes de mi antena, que acordé con el departamento de neuro-robótica, donde unos amigos me ayudaron a conseguir un dispositivo bastante sofisticado a bastante buen precio. Muchos extras y actualizaciones continuas a cambio de convertirme temporalmente en compañero del brazo alienígena.

Durante un tiempo, me convertí en uno de esos tipos estilo cibernético que a veces salen photoshopeados en revistas de tecnología con fines publicitarios, llegando a exhibirme en muestras y convenciones de robótica, esos circos modernos donde se montan coreografías de androides blancos y una serie de tipos punjabi-californianos con camisetas grises peroran sobre la singularidad. Conocí a unos cuantos chicos y chicas atractivos que se ganaban la vida haciendo de supermodelos de aquellos personajes cibernéticos atléticos, potenciando las sofisticadas herramientas metálicas con músculos prominentes y pelo largo y resplandeciente. Parecían estar cobrando

sentido del acto mismo de robo-follarse todo el tiempo, entrechocando sus apéndices exoesqueléticos en una guerra crustácea interminable, marionetas metálicas poseídas por los deseos y las hazañas de la antigua carne. Para la máquina, la carne es un fantasma de recuerdos rotos que intenta encontrar un sitio físico en el que habitar y hacer parpadear a los diodos, un intento vano de permanecer en la realidad en busca de un pasado que, como el helado des-derretido, justifique su existencia. La humanidad es un mito insignificante de los ordenadores futuros.

Mis actuaciones en público estaban restringidas a los espectáculos más rigurosamente académicos, pero eso bastó para ponerme en contacto con un par de cortesés fetichistas de las amputaciones. Yo ya había oído hablar de su existencia pero siempre había pensado que eran una especie de leyenda del porno de Internet, así que me sorprendió encontrar a gente provista de un interés sexual genuino por mi muñón y, por extensión, por el cuerpo al que estaba unido. Me di cuenta de que había sido vulgar toda mi vida, un ser carente de rasgos específicos que despertaran el interés de cualquier grupo particular de gente. Nunca me había interesado por ninguna clase de integración grupal, por esa clase de apariencias y conductas externas que terminan dominando una vida a través del mimetismo social. Toda mi vida había sido pasivamente normal; inofensivo, numerable... ¿Pero por qué no? Un tipo más de clase media en un mundo que supuestamente evolucionaba para que los tipos de clase media pasaran desapercibidos y vivieran el privilegio de la pereza y la comodidad a cambio de parecer ordinarios, jugar a la mediocridad y mantener su rareza ritual en el espacio privado y comercializable de una red pública.

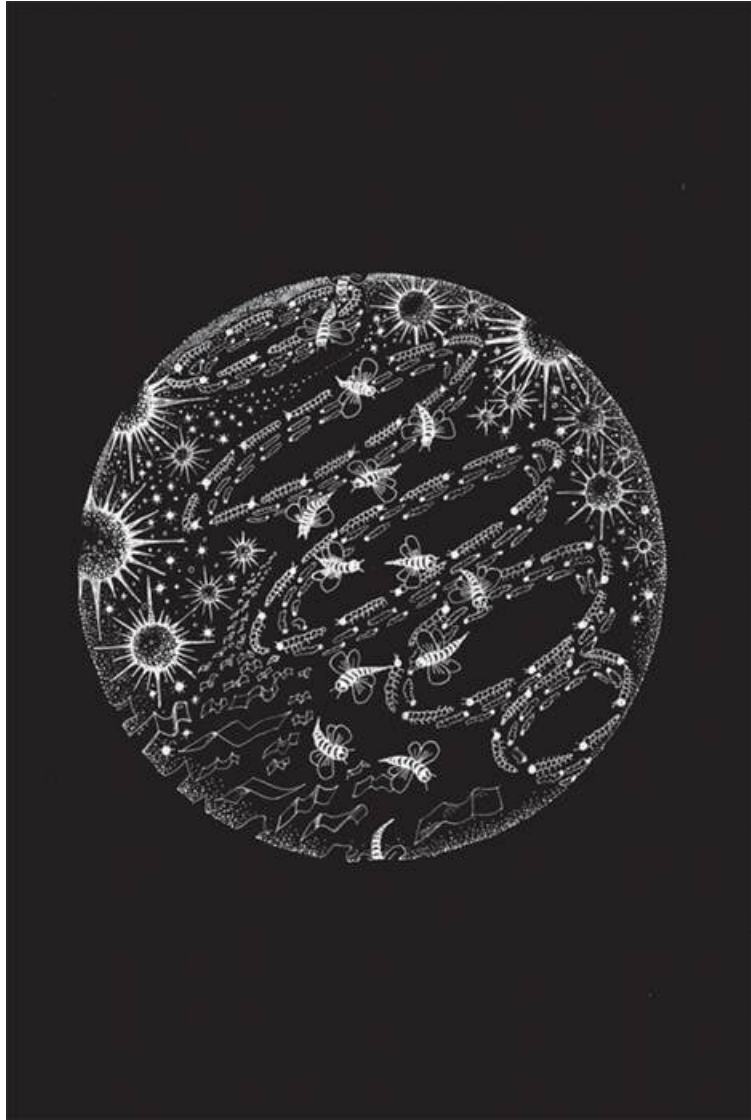
El primero en aproximarse a mí fue un hombre más o menos de mi edad. Vi que me sonreía desde la primera fila durante una mesa redonda a la que me habían invitado, y más tarde se me presentó durante la pausa del café. Me halagaron sus maniobras de coqueteo. Era amable, más allá de mostrar curiosidad por mis cachivaches o por las circunstancias macabras de mi accidente. No me sentí atraído por él de una forma sexual, pero pronto nos conocimos lo bastante como para salir a tomar un par de copas y hablar de su interés general por las amputaciones y las prótesis. La música estaba muy alta y molestaba bastante, pero a ninguno de los dos nos importó hablar a grito pelado. Me explicó que había gente amputada que intentaba compensar su pérdida a base de atraer atención hacia sus cuerpos, y que se convertían en verdaderos exhibicionistas de sus rasgos inusuales. No parecía ser mi caso, y eso le gustaba. Al contrario: yo parecía tímido. “No te escondas nunca”, me dijo. “Porque la carne no tiene defectos, siempre viene encriptada para el placer”. Realmente se lo veía muy cómodo consigo mismo, pero al mismo tiempo se mostraba muy respetuoso con mi espacio de seguridad. Esto era algo que yo había experimentado mientras vivía con Mori, una especie de territorialidad indisputable pero no invasiva como la que transmiten de forma natural la mayoría de animales no humanos, y hasta las plantas. No era de extrañar que aquello fuera una burbuja muy atrayente, un espacio para jugar similar al espacio atmosférico lubricado que hay entre cuerpos y que permite que tenga lugar la danza, como el darse cuenta de pronto de que hay un espacio exterior flotante, una posibilidad de rotación tridimensional, escondida en el reino biosférico plano de los animales terrestres atrapados por la gravedad. De forma que un día terminamos besándonos entre las sombras doradas de esquirlas de espejos de un bar.

Uno de los rasgos sofisticados de mi antena era que podía comunicarme inalámbricamente con

ella cuando estaba separada de mi cuerpo: sólo un par de trucos y movimientos básicos, pero aun así era una acción impresionante a distancia. El tipo se rió mucho cuando intenté hacer que la antena se arrastrara sobre la mesa delante de él como si fuera la Cosa de la serie de la familia Addams, pero el resultado se pareció más a las convulsiones desarticuladas de un animal agonizante. “No confiaría en ese trasto para hacerme una paja”, bromeó. Se equivocaba mucho. “El sexo robótico ya es una realidad”, le respondí. Mi órgano inorgánico de quita y pon no está diseñado para arrastrarse solo, pero se le dan muy bien el control de presión y la afinación de movimientos, así que es magnífico para hacerse pajas. Ya lo hacía bien de entrada, y con un poco de práctica y ejercicio aprendió a hacerlo mejor que mi otra mano. Es una sensación extraña, porque no importa cómo de bien conectado pueda estar a mi carne, es un ser distinto, o sé que cuando me masturbo con mi apéndice robótico no soy yo quien lo está haciendo. Es otro, que podría estar independientemente pero simultáneamente conectado tanto a mi cerebro como a mi ordenador. Una cosa que “siente” de forma muy distinta a como siento yo. Que me hace de sustituto sexual, enviando al resto de mi cuerpo señales extrañas y distintas a las que enviaba mi brazo de verdad. Capaz de memorizar movimientos a modo de respuesta a mis reacciones hasta el punto de que yo lo puedo desconectar de mis nervios sensoriales y dejar que lo haga todo él solo mientras yo fantaseo con alguien a quien acabo de ver por la calle o en alguna revista, y en realidad es un algoritmo el que me está llevando al orgasmo.

2
IRM

∞



*Y me imagino mirillas en mi cráneo,
y a la clase de gente que se dedicaría a mirar por ellas.*

Gary J. Shipley

Me asomé desde la ventana de mi dormitorio y vi a gente haciendo footing entre los espectros inmundos de niños muertos. Sé que estuve a punto de morir y que regresé de la cuasi-muerte medio podrido y con un cuasi-fantasma unido a mi cuerpo incompleto y magullado. Nunca he sido una persona orientada a la salud; eso no lo cambió mi accidente. Me alimento habitualmente de comida rápida, bebo a menudo y nunca duermo mucho. No sé cuidar de mí mismo ni de otra gente, mascotas o plantas. Los seres vivos casi nunca encuentran un entorno amistoso en mis inmediaciones. Tampoco me cae bien la gente que insiste en cuidar de mí...

A ver si me entienden. Soy raro pero buena gente. Me gusta ayudar a los demás todo lo que puedo, simplemente no soporto cuidar a la misma gente todo el tiempo. Veo mi vida como un estoico, dulce y parsimonioso movimiento hacia la nada; aunque tampoco quiero morir más que cualquiera.

Empiezo a estar mayor, pero a la mierda la juventud. La inmadurez es lo bueno, la edad carece de sentido. Me imagino mi decadencia lenta pero llena de momentos intensos y disfrutables, y ciertamente una gran parte de mi placer deriva de reconocer la felicidad ajena. Después de mi accidente, sin embargo, me convertí en una especie de ermitaño, y en cuanto me sentí lo bastante recuperado me di cuenta de que me estaba encantando aquel estilo de vida solitario. Mi experiencia traumática no había sido catártica en absoluto; en realidad, parecía que simplemente había potenciado mis antiguos rasgos de personalidad. De manera que regresé a mis clases de la universidad, pero ni siquiera me planteé la posibilidad de reiniciar eso que se llama vida social. Al cabo de un año dejé de participar en los espectáculos circenses de ciborgs de lujo, y un poco más tarde le vendí mi participación en la startup on line -en realidad nunca me había interesado demasiado, sobre todo después de que se marchara Mori- a mi socio Gaspard Pont. Me mudé a una casa nueva. Empecé a leer montones de libros sobre temas distintos que hasta entonces jamás me habían interesado y a pasar muchas horas diarias en Internet. Empecé a pensar en la existencia de mi brazo. ¿Acaso había existido alguna vez? ¿Acaso las cosas desaparecen o simplemente se les superponen otras nuevas? Podemos imaginar una realidad amontonada en la que los objetos y los momentos se apilan los unos sobre los otros de tal manera que nada desaparece, todo queda atrapado en capas profundas e inalcanzables, cubierto a base de añadir perpetuamente estratos nuevos. Si fuera posible conocer la posición de todos los átomos, no los del universo sino los de mi brazo, ¿acaso ese conocimiento aseguraría que no desapareciera nunca el ensamblaje de materia que ese brazo fue una vez? ¿Y es una cuestión de posición cuando todos los elementos, a todos los niveles, desde el fisiológico hasta el subatómico, se están desplazando continuamente? Y si todo se está moviendo siempre, en el sentido heraclítico o nietzscheano o deleuziano o cuántico, ¿acaso la realidad no es un simple truco; ya no un efecto de la percepción humana, sino algo que pone en entredicho la existencia misma? A pesar de mi disfrute de la soledad, sentí que

la ausencia de mi brazo había abierto mi cuerpo de una forma nunca antes imaginada. Se podía decir que había desentrañado la encriptación estructural de mi carne.

—¿Me follarías igualmente si yo tuviera pene? -me preguntó una vez Mori.

A fin de cuentas los animales no somos más que sustancias químicas inestables aceleradas hasta formar bucles retroalimentados. Niveles de resonancia, átomos flotantes, cuerdas vibratorias.

—Claro que sí.

Estamos atados a las superficies. Todo lo que hay bajo la superficie parece parasitario y sin forma. Cuando abrimos un cuerpo encontramos superficies nuevas, nunca vemos ningún interior. Pliegues húmedos. Piedras planas internas. A fin de observar la estructura interna de nuestros cuerpos debemos escuchar el sonido del agua profunda, debemos convertirnos en un estanque en calma dentro de la cámara de eco de una caverna tubular. Las técnicas de toma de imágenes corporales basadas en el fenómeno de la resonancia magnética nuclear producen iconos sintéticos, cabezas de santos decapitados flotando en pan de oro. Gotas cayendo en la superficie membranosa del lago de una cueva. RESONANCIA. Sonido inaudible.

—¿Y si fuera gorda?

La resonancia magnética nuclear es una propiedad física de ciertos núcleos atómicos capaces de absorber y emitir energía en forma de ondas de radio-frecuencia cuando se los sitúa en un campo magnético variable. RADIO-FRECUENCIA. Cántico a la máquina. Ondas de radio procedentes del espacio exterior de las calles que rodean mi casa nueva.

—Por supuesto.

A fin de crear una imagen, se usan a menudo átomos de hidrógeno, particularmente procedentes de moléculas de agua, a fin de generar señales detectables de radio-frecuencia que son recibidas por las antenas que rodean el cuerpo. Los escaneados por IRM en esencia trazan un mapa de la distribución del agua por los tejidos corporales; pintan el cuerpo humano como un laberinto de reductos de agua. Átomos de hidrógeno danzando como plancton, tirándoles besos sucios a las estalactitas. A mi antena, proyectando ectoplasmas.

—¿Me chuparías la polla?

Las pulsaciones de ondas de radio excitan la transición de energía del espín del núcleo, y los gradientes de los campos magnéticos localizan la señal en el espacio. Es como hacer una impresión en 3D de un fantasma. Mi cuerpo entendido como la sombra de otros.

—Tú me lo haces a mí, o sea que supongo que yo te lo haría a ti.

A base de variar los parámetros de la secuencia de pulsaciones, se pueden generar contrastes distintos y zonas erógenas nuevas entre tejidos, basadas en las propiedades de relajación de los átomos de hidrógeno que hay ahí.

—¿Me follarías si fuera una cabra?

Se pueden generar contrastes distintos entre tejidos.

—¿Lo harías?

—No.

—Yo estoy segura de que sí lo haría.

Entre tejidos.

—Entonces, ¿me follarías si yo tuviera otro cuerpo?

—No estoy segura de que fueras *tú* si estuvieras en otro cuerpo...

—Me estaba preguntando cuánto se podría transformar mi cuerpo sin dejar de ser yo para otros.

—Supongo que podrías cambiar mucho y seguir siendo tú para mí. Pero no estoy seguro de hasta qué punto mis sentimientos hacia tu nueva apariencia no se originarían en parte por mis recuerdos de la que conozco ahora.

—Entonces, pues, la pregunta sería: si yo fuera una cabra y me estuvieras conociendo por primera vez, ¿también me follarías?

—Sin duda.

—¿No es una simple fantasía?

—La fantasía es tuya, no mía.

—Para mí no es ninguna fantasía. Es una pregunta ontológica.

Aquella conversación particular me vino a la memoria estando en el hospital. No es que fuera inusual que Mori formulara esa clase de preguntas. Le gustaba hacerlas a modo de preliminar, igual que le gustaba describir sus encuentros con las chicas deportistas guapas-prosopagnóticamente apodadas -Gorroamarillo, Pantalonesdecuero, Ojosmolones, Churretones- con las que peleaba-follaba de vez en cuando.

—Si no tuviera polla, ¿también me follarías? -le pregunté a Mori desde mi cama de hospital.

—Tienes polla, lo único que has perdido es el antebrazo izquierdo.

Y es que los borrados dejan atrás todo lo que quitan, aun cuando lo que queda no es nada, escribió Gary Shipley.

—Ya no soy yo entero. Soy un eunuco emocional. ¿Me follarías ahora?

—Ni hablar... -con una mueca.

—Por favor...

—He venido desde Bangkok para cuidarte. Tendría que bastar con eso. Ya te estás recuperando, o sea que me marchó otra vez.

—¿A Bangkok? ¿Ahora vives ahí?

—A veces. Me mudo mucho. Bangkok, Shanghái, Manila... Occidente es aburrido... ¿A quién le importa, además? Ya no existen lugares, sólo distancia.

Igual que ya no existe el pasado, sólo las lamentaciones fantasmales de cosas desaparecidas. ¿Qué más da si hace veinte años que se han ido o seis meses o tres días? Para los fantasmas el tiempo no significa nada, es por eso que les tenemos miedo, porque no siguen las reglas de la supervivencia, como por ejemplo acordarse de los escondrijos de los depredadores que tienden emboscadas o dónde encontraron comida el día anterior. Todo lo que ya no existe está a la misma distancia, da igual cuándo pasara, arrojado al fondo del mismo pozo en que nadan la memoria y el olvido, enfangando el agua.

Acostado en mi cama de hospital, sentía que nos habíamos vuelto psicópatas visuales, esperando a que la realidad se nos desplegara ante los ojos para nuestro placer. Algo distinto al voyeur tradicional, ese actor respetable, disfrazado especialmente para la ocasión, acuclillado en rincones estratégicos. Cuando las cerraduras tenían ojos y los ojos se ganaban una historia a base

de mirar por orificios escondidos en las paredes y en los cuerpos. Empecé a pensar que convertirse en espectador, existir con esa expectativa perpetua, era la abyección final que precedía al fin del mundo. Una inversión de la memoria que convierte a la gente en espectros anticipados, en fantasmas transparentes atrapados a este lado de la muerte, esperando un cuasi-reflejo de nosotros mismos para liberar el reverso empañado del espejo.

Mori creía que la inteligencia era un error tan improbable del sistema que resultaba imposible que hubiera sucedido en ninguna otra parte del universo. El tiempo se convierte en espacio más deprisa que nunca: vivimos con más intensidad que nunca. Los objetos producen más objetos que nunca. Figurativo frente a abstracto, narrativo frente a conceptual, engaño o *trompe-l'œil* frente a potencialidad morfogenética. La percepción de un mono que se considera la criatura más inteligente de todo el puto cosmos conocido y al mismo tiempo perfecciona distracciones prefabricadas en la mezcolanza primordial paraplástica de océanos de caramelo sintético y chucherías con forma de burbujas rosas. Es algo relativamente nuevo en la Historia: los humanos siempre han estado convencidos de la existencia de seres aberrantes -animales, dioses, espíritus o extraterrestres- de cuya inteligencia la nuestra nunca ha sido más que un pálido reflejo. Seres capaces de destriparnos por pura diversión. Transducción maquinal, o un objeto que toca a otro objeto. Tocar no es el término adecuado. Algo dentro de nada. Zeuxis y los pájaros, chocando contra los racimos pintados de uvas hasta cubrir por completo el mural con su sangriento action painting. Todo para concluir con las tecnologías del entretenimiento. El futuro de las confluencias. ¿No te encanta el arte de las culturas moribundas, la interpretación atrasada y periférica de la ya -entonces, entretanto- obsoleta robustez intelectual? El arte de la helenización, la cristianización, la americanización, la electronización. El barroco de Palmira, las cárceles de Piranesi, los collage de Schwitters, las redes dionisiacas, los videojuegos, las criptomonedas...? *Construyamos un retrete*, dice Joyce que dijo el romano, pero un retrete corintianizado que con el tiempo se pueda convertir en modelo para los templos cristianos. Saqueemos un urinario, consideró Marcel Duchamp. Supongamos un retrete. Y ahora, filmemos un plano corto. Mil millones de planos cortos. Artistas agotados en un entorno decadente, víctimas consensuadas enamoradas del masoquismo.

Ya tenemos un casino, ahora construyamos un museo, dijo la gente del pueblo, llenémoslo de obras de arte alucinantes, llenémoslo de cualquier colección de quincalla y gritémosle al mundo que son obras de arte alucinantes para que vengan hordas bárbaras de todas partes a admirarlas, para que vengan salvajes que almuercen en nuestros recién abiertos restaurantes gourmetoides y compren en nuestras fabulosas tiendas de obsequios y nos dejen con su acumulación masiva de excrementos. Esas masas ansiosas de cultura, de cocina-fusión y de porno nostálgico consideraron los concejales de aquel pueblo salido de la nada, un pueblo sin historia certificada ni paisajes pintorescos ni clima agradable que ofrecerle al deseado turista. Invitemos a comer a unos cuantos periodistas famélicos, invitémoslos a un almuerzo gratis en el nuevo hotel, regalémosles suvenires del rutilante centro comercial con forma de nalga y con su cúpula de cristal y vídeo. Un detalle con marca comercial. Olor a puta en el cuello de la camisa. Una herida no mortal de arma blanca que terminará floreciendo como una tentadora cicatriz con forma de labios. Una foto de gente follando con disfraces de animales peludos, un cojín con tu waifu estampada robado de la suite de un hotel de inspiración manga japonsoide, una noche en un club de bondage industrial gótico *ich-*

bin-ein-berliner, una pareja de soldados de juguete suvenires de Jake & Dinos, un par de medias de rejilla de Zadig & Voltaire, aceite de bebé Johnson & Johnson sólo para adultos, una vida Deleuze & Guattari en la meseta, corsetería blavatskiana Dolce & Gabanna, una camiseta destrozada de H&M, un tic y un tac de tiempo perdido Bell & Ross, una gorra de béisbol de C&A y otras cosas de & Other Stories, Viktor & Rolf, Lou & Grey, Me & You, Stella & Bow, Me & Ro, Bec & Bridge, Kit & Ace, Zulu & Zephyr, Track & Bliss, Skye & Staghorn, Sam & Lavi, Pacific & Driftwood, Otis & Maclain, Riller & Fount, Queen & Pawn, Mara & Mine, Leo & Sage, Line & Dot, Stella & Dot, Kopper & Zink, Craft & Commerce, Wit & Wisdom, Willow & Clay, Rag & Bone, Hill & Friends, Paul & Joe, Original & Mineral, Sheriff & Cherry, Smith & Cult, Larsson & Jennings, Larkspur & Hawk, Sarah & Sebastian, D.S. & Durga, Estelle & Thild, Needle & Thread, Ca & Lou, Côte & Ciel, Cutler & Gross, Dimissianos & Miller, Frank & Eileen, Frency & Mercury, Gilda & Pearl, Ginger & Smart, Ines & Marechal, Ivy & Liv, Lost & Found, Lygia & Nanny, Me & Mr. Gentleman, Tammy & Benjamin, Wouters & Hendrix, Coop & Spree, y Master & Dynamic.

Hay dos clases de tecnologías con éxito comercial: las que nos permiten vivir más tiempo y las que nos ayudan a dejar pasar el tiempo como si no hubiéramos vivido. “Si vivir fuera bueno, no viviríamos como si no estuviéramos viviendo”, razonaba Mori. Como los parques de atracciones que al principio imitan y después terminan inventando la realidad cotidiana, resumiendo el mundo en forma de unos cuantos topicazos repetidos una y otra vez. Como ese centro turístico meticulosamente construido para reflejar un trópico genérico por medio de la acumulación de tristes tigres y espejos rotos en donde Addia se estaba alojando mientras buscaba el sujeto experimental perdido, los objetos, referencias y alimentos procedentes de tierras antes geográficamente incompatibles y, por encima de todo, las imágenes sucesivas de paraísos equinociales que llevaban apareciendo en el cine y en la televisión desde hacía mucho más tiempo de lo que Addia era capaz de recordar. Imágenes gráficamente -aunque no geográficamente- compatibles que apuntaban a junglas de placa de escayola tarzanas, lianas colgantes, cocodrilos de corcho, boas de plumas, salvajes ataviados con ceniza y taparrabos, flores gigantes de poliestireno, helechos de nylon, elefantes de hojalata y arenas movedizas falsas, que a su vez se inspiraban libremente en dibujos, grabados, aguafuertes e ilustraciones creados por aventureros exploradores extáticos ante lo exótico. Nuestras mascotas son la amada y degenerada progenie de nuestros antiguos monstruos. ¡Y sigue habiendo gente que espera que nos abstengamos de comer carne! Aves psitaciformes, por ejemplo, cacatúas australianas y guacamayos brasileños viviendo en jaulas de bambú negro de gran tamaño. O fruta pseudo-silvestre (primero era *silvestre*, después cultivada y ahora *orgánica*) -envidia sentiría el Príncipe de la Botánica de nombrarlas- traída de ambos lados del Atlántico, de las remotas islas del Pacífico -si es que todavía algo se puede considerar remoto en una época en la que hablamos como si nada de objetos situados a diez mil millones de años luz de nosotros-, destinada a ser tallada en forma de exquisitas figuras geométricas y amontonada en frágiles despliegues rococó como los que obsesionaban a ciertos pintores holandeses, bufets gigantes que exudaban ácidos aromáticos y azúcares pegajosos y que se instalaban todas las mañanas en torno a la piscina para que todo fuera perfecto cuando los clientes llegaran a desayunar entre el batallón de camareros vestidos de blanco immaculado y firmes como guardias de palacio, sacados de un cuento infantil nutricionalmente correcto o de un matrimonio sádico y sexualmente incorrecto, desfilando como

soldados de otro siglo, intentando evitar cualquier desviación de la trama inscrita en sus músculos broncíneos de gimnastas aficionados, armados con pinzas de servir, cucharas, tenedores y bandejas, crustáceos biomecánicos listos para luchar por sus vidas...

Hace dos meses, el día antes de que un pájaro se estrellara contra mi ventana, recibí una llamada telefónica de un ex alumno mío que ahora trabaja como residente de segundo año en el departamento de neuro-radiología de una prestigiosa clínica situada en una ciudad cercana. Aunque no es mi área de especialización, el ex alumno quería que yo examinara *las* extrañas imágenes de una resonancia magnética realizada (IRM) a *unvoluntario* que había sido incluido como sujeto de control en una investigación que él estaba llevando a cabo. Intenté imaginarme su cara entre la miríada de caras borrosas de los estudiantes que se habían sentado ante mí durante muchos años. Lo recordaba como bastante buen estudiante; pálido, tímido y callado, aunque siempre que hablaba me formulaba muy buenas preguntas. Su interés por mi investigación parecía auténtico, algo poco habitual entre la mayoría de estudiantes que se matriculaban en mis cursos; sin embargo, en cuanto lo admitieron en la facultad de medicina ya no volví a tener noticias suyas. Intenté sonsacarle información más precisa acerca de lo que me estaba contando, pero él se mostró intencionadamente esquivo, así que perdí interés y le sugerí que le enseñara las imágenes a su director de tesis o cualquier radiólogo veterano que hubiera en la clínica. Pero por alguna razón misteriosa estaba muy interesado en mi opinión. Me explicó que las imágenes ya habían sido revisadas por todos los especialistas, y que todos, con la excepción de su supervisora inmediata, estaban completamente seguros de que lo que la imagen mostraba era resultado de un artefacto técnico arbitrario. “¿Y qué piensa tu supervisora?”. “Acaba de desaparecer, es muy raro”. Cuando lo visité, al cabo de un par de semanas, la supervisora ya había vuelto.

Cuando recibí las imágenes, sospeché que era todo un fraude, una especie de broma de médicos destinada a convertirse en meme satírico de Internet. Mi viejo yo se habría inventado una patología cerebral inexistente con nombre gracioso y habría respondido al mensaje en tono muy grave: “Pues claro, esto es un...” y habría esperado a encontrar mi nombre en una lista de gente engañada de algún blog médico. Pero mi nuevo yo sentía mucha más curiosidad y le sobraba el tiempo libre para especular. Estaba completamente convencido de que se trataba de un artefacto, así que fui a la biblioteca universitaria y busqué libros y atlas de imágenes cerebrales. Revisé en Internet miles de imágenes de resonancias magnéticas del cerebro, buscando específicamente bases de datos de artefactos, pero no pude encontrar nada comparable. Más adelante Addia me contó que habían repetido las pruebas y también habían hecho un TAC, pero que todas las imágenes seguían mostrando el mismo cuerpo extraño. El tipo no tenía ningún síntoma, de manera que no había nada más que buscar, pero aun así le pidieron que se hiciera una tomografía por emisión de positrones y una resonancia magnética funcional, y ambas dieron resultados completamente normales.

—Quiero que me toques la mano con tu mano fantasma -me rogó Addia.

—Pero eso es ridículo, no puedo...

—Te adiestraré. Lo conseguirás, sentirás mi mano, en cuanto yo sienta la tuya.

Quizás pudiera recuperar la sensación muerta de tocar una mano con mi mano perdida. A fin de cuentas, mis recuerdos de sensaciones pasadas debían de estar almacenadas en alguna parte de

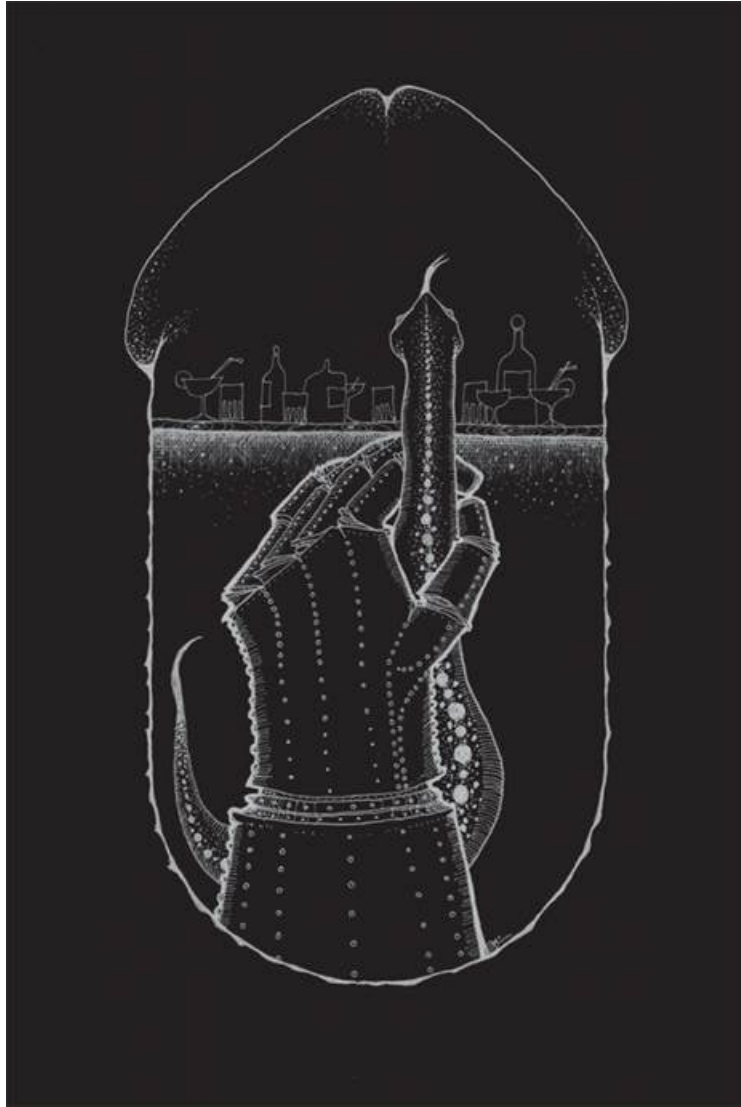
mi córtex cerebral; ¿acaso sería posible entonces evocarlos hasta el punto de ensamblar la imagen especular de una percepción real? ¿No sería entonces una alucinación, o un sueño? Hay estudios que muestran la posibilidad de reemplazar la red funcional asociada a una extremidad ausente. Usan una prótesis que actúa y palpa como la propia y estimula la sección relativa a la mano del córtex somato-sensorial en sincronía con una serie de toques aplicados a una mano artificial. El cerebro, que en esencia es un biosistema de autoengaños, parece capaz de integrar estímulos visuales con la estimulación eléctrica cortical-somato-sensorial a fin de crear la percepción multisensorial de que la extremidad pertenece al propio cuerpo. En mis sueños yo todavía tenía las dos manos. Pero nunca iba a sentir la mano real de Addia. Y ella nunca iba a sentir la mía. Estábamos sentados en su sofá, con la mano de ella apoyada en un cojín verde que había entre nuestros cuerpos, a unas quince pulgadas de mi muñón. “Ahora intenta que te vuelva a crecer el brazo, intenta alcanzar mis dedos con tus dedos, mandar las instrucciones correctas a través de tus nervios, esa corriente eléctrica que te circula bajándote por el hombro y sigue bajando, pasa por alto el implante base, no hay nada que detenga tu voluntad de camino a la muñeca, a los dedos, piensa en huesos, en músculos, en tendones, en piel...”. Yo estaba sintiendo dolor, producto de un bucle de retroalimentación abortado, de una catástrofe sensomotriz. Mientras seguía sus instrucciones, me di cuenta de que estaba haciendo algo distinto de cuando pugnaba por mover mi brazo robótico. Le estaba mandando instrucciones a un vacío, intentando reunir átomos sueltos de la materia que me rodeaba. He leído que hay individuos capaces de remitir sensaciones somáticas a un volumen de espacio vacío y “experimentar” que tienen una mano invisible, pero que eso requiere una integración visuo-táctil-propiorreceptiva. Tenía los ojos cerrados, así que supuestamente no tenía que activar los mecanismos cerebrales multisensoriales que producían la ilusión de la mano invisible. Me di cuenta de que mis sobacos goteaban sudor, como si se me estuviera derritiendo la parte que quedaba del brazo, como si, en vez de recuperar la mano, corriera peligro de borrar el resto de mi cuerpo.

Cada vez que nos juntábamos nos pasábamos una hora intentándolo, hasta que yo quedaba agotado, hasta que los músculos de mis hombros y brazos atrofiados se ponían duros y rígidos y quedaban extremadamente doloridos. Luego ella me hacía un masaje en la parte superior del brazo y en el hombro y me tumbaba en el sofá y quemaba unas hierbas aromáticas. Hasta que un día me dijo en voz baja que notaba mis dedos en el dorso de su mano. “He domesticado a tu fantasma”, dijo. Mi yo asimétrico y poroso, sin embargo, no sentía nada. “No esperes demasiado” -me advirtió-. “Puedo gestionar el deseo, pero no las expectativas”.

3

SUJETO DE CONTROL

∞



Las cámaras de vigilancia me dan ganas de hacerme anoréxico.

Johannes Göransson

El sol mecánico cero/cero navega por la tormenta arcana de orquídeas, contempla la ciudad de cerebro podrido, tiñe de amarillo la tierra como una marea sulfúrica, alimenta a los perros y las ratas con pesadillas de madrugada. El SUJETO DE CONTROL conduce el coche hasta un punto de fuga donde la ciudad de cartón se pliega sobre sí misma, desapareciendo en forma de colapsos de planos-ángulos, sorteando los desvíos con éxito y coge la autopista eléctrica-letal que va rumbo al oeste, presumiblemente en dirección al neuro-infierno. Ha estado esperando pacientemente una semana, dando vueltas y arrastrándose sobre su cuerpo aplastado por la depresión para despertarse, ducharse y afeitarse, telefonar y mandar mensajes de texto a su novia fugada cada dos o tres horas desde que se marchó con el bebé, se des-facebookizó y le mandó un breve whatsapp de mierda especificándole que no la buscara y no la siguiera, de manera que se ha quedado en casa igual que llevaba quedándose en casa cuidando del recién nacido desde que perdió su trabajo hacía unos meses. La criatura no era de él, pero no le importaba, los quería a los dos de todas maneras, llevaba una especie de eternidad dedicándose a esperar a que ella volviera a casa cada noche y, con el bebé dormido, sentándose a su lado en el patio polvoriento de atrás y compartiendo una cerveza fría bajo la luna-dron de pegamento seco, con sus teléfonos operando al unísono y quedándose sin batería juntos. Miraba cosas televisivas en el ordenador, observaba el cactus de la repisa de la ventana del dormitorio esperando que le brotara ADN alienígena e invadiera la alcoba y clavara su piel desollada a la puerta del armario de cedro falso de IKEA. Se comía toda la comida de la nevera por medio del ritual mecánico de colocar cualquier cosa comestible ente planos paralelos de pan reseco y, cuando se la terminaba toda, encargaba más. Se sorprendía a sí mismo caminando fantasmalmente por la casa y luego conduciendo fantasmalmente el coche sin rumbo, girando a derecha y a izquierda aquí y allá hasta que la ciudad se convertía en una dimensión perdida.

Era una mañana de cabezas cortadas, de forma que rezó para que viniera otra tormenta. Cuando empezó a diluviar sobre las calles, se dejó arrastrar por una pequeña multitud húmeda y temblorosa en busca de refugio provisional hasta detrás de la marquesina de un viejo y descolorido casino. Una vez allí, se rindió a la puerta giratoria. Se detuvo en el enorme vestíbulo confundido por el resplandor burdeliano de neón submarino que emitía hasta el último objeto a la vista, sin saber cómo proceder, ignorante de la mecánica de aquel laberinto. Avistó a un puñado de ancianos de aspecto cansado aquí y allí, sobre todo en la zona de las tragaperras. Estaba casi sin blanca, de forma que inicialmente no se planteó jugarse el dinero. El único pasillo que parecía llevar a alguna parte era el que señalaba directo a la recepción del hotel.

Plantarse delante de una tragaperras es la experiencia más parecida a luchar contra un robot que se puede permitir la persona media. Una secuencia de bucles de excitación/decepción instantáneos diseñados en torno a un principio de placer psicológico rastroso pero eficaz y

normalmente emprendidos por una gente que ya se ha hartado de los bucles de excitación/decepción más lentos que le proporciona pelearse con otra gente. Decidió arriesgar el dinero que le quedaba en las tragaperras. Ahora que veía a los jugadores más de cerca, parecían tan sorprendentemente contentos como cansados. Había esperado encontrar estereotipos de jugadores ansiosamente derrotados; sin embargo, tenía delante una ataraxia como no la había visto nunca. A diferencia de cualquier otro lugar del mundo moderno, la gente que hacía frente a las máquinas había encontrado la forma de olvidarse de sí misma y unirse al mecanismo, de dejar que su destino se disolviera en el azar manipulado igual que los monjes ascetas solían dejar su destino en manos de la voluntad incognoscible de Dios. Y luego ganó un premio gordo de 10.000 y todas las alarmas se pusieron a centellear y a chillar. Una chica vestida de negro lo acompañó hasta el cajero y le preguntó si quería una copa. Se sentó en la barra y pidió una Coca-Cola. Una elegante mujer de mediana edad con ojos oscuros y cubierta de tatuajes se le sentó al lado y lo aplaudió. Él había esperado seguir siendo invisible un rato más, pero el azar y la máquina lo habían coronado de sonido y color.

—¿Eres puta? -le preguntó en voz baja.

—No. Soy matemática -admitió ella en un tono dulce y musical que denotaba que también estaba en proceso de aprender a ser extranjera-. No se lo digas a nadie de aquí, somos menos bienvenidas que las putas. Aunque si te interesa, te puedo presentar a algunas chicas libres de riesgos.

Él se apartó ligeramente de la cara de ella. No estaba listo para que nadie se le pusiera tan cerca.

—No es lo que busco, pero gracias.

—¿Te gusta este sitio?

—Es mi primera vez. No soy jugador... Simplemente he tenido suerte.

—Sí. Me lo ha parecido... Me gustan los jugadores. Tienen creencias extrañas sobre los números. Es una de las razones por las que sigo viniendo aquí...

—¿O sea que no apuestas?

—No, me divierten la gente y el lugar, son muy distintos a mi espacio de trabajo, ya no digamos a mi apartamento... Me gustan las flores de plástico doradas y rojas y esas moquetas con polvo y mordidas por los perros que antes tenían dibujos, y las cascadas falsas, y la música ambiental cutre, y los tintineos y los gritos, y la exhibición atroz de vigilancia. ¡Todo es tan kitsch, tan poco pretencioso...! ¿Seguro que no quieres que te presente a una chica de compañía? Tienes pinta de que te hace falta una mamada. Priscillianna ha venido hoy, de verdad, es un encanto. ¿O quizás prefieres chicos?

—No, gracias, en serio. El sexo es lo último que me interesa ahora mismo...

—Es un comentario extraño viniendo de un hombre, sobre todo aquí...

—Es una frase que me solía funcionar... -Intentando que sonara a disculpa y a flirteo al mismo tiempo.

—¡Ja! Ya te estás animando. Deberías. Es tu día de suerte.

—No es más que dinero para quemar. Y ahora no sé adónde ir.

—Vete a casa. Duerme un poco.

—De eso ya he tenido bastante. He estado durmiendo doce horas al día. Quiero estar despierto.

—Aquí no. Este sitio es como un sueño psicodélico. En esta ciudad no conviene. Quizás en este mundo entero.

—¿Adónde vas a ir tú cuando salgas de aquí?

—¿Hoy...? A trabajar. Evaluación de riesgos. Estadísticas de suicidios. Pura rutina.

—¿Estadísticas de suicidio?

—Sí, cuando lo menciono todo el mundo me mira igual. Son importantes para las aseguradoras.

—¿Te refieres a gente que finge su muerte? ¿Eso pasa de verdad?

—Casi nunca. Lo más común es gente que se suicida de formas que parecen accidentes.

—Es raro que los seguros de vida excluyan el suicidio... O sea, morir no es algo que pasa si no lo fuerzas.

—Sí, todos nos morimos tarde o temprano, pero si te mueres tarde, ya has pagado tu vida.

Flotaba música como cenizas volcánicas, calcio quemado, recuerdos conservados en claustrofobias de mármol y proyectados por ojos inyectados de sangre. El polvo de espina de pescado, originado en la extinción del Pérmico-Triásico o la Gran Mortandad, flotando en masa, cosquilleaba las alas de los mosquitos que posados en el techo de placa de escayola digerían eritrocitos con parsimonia. Las resoluciones procedentes de las cabezas de los jugadores saltaban sobre las mesas, soplando su fétida miasma sobre los dados y los naipes. No se permitían armas, sólo destellos de uñas. Picos de pájaros. Cetros y otras galas. Si quieres estar despierto, vete al hospital y siéntate en la sala de espera de urgencias; cruza la calle, sigue recto cuatro manzanas y gira a la izquierda. No es ni de día ni de noche, un paseíto sobre cristal licuado y resbaladizo. Ve y cuéntame cómo es estar despierto.

—¿Ahora me estás evaluando?

—¡Ja, ja! No, amigo mío. No soy psicóloga. No evaluo a la gente. Trabajo con datos informáticos, estadísticas... La mayor parte del tiempo ni siquiera sé qué representan los números.

—Me gustaría poder hacer eso. Trabajar sólo con números.

A aquella hora de la mañana la sala de urgencias estaba limpia, clorótica y vacía como la boca de Cronos después de cepillarse los dientes.

—Lo verá un médico dentro de un momento.

—Oh, no, perdón. No me hace falta...

—¿Seguro...? Ah, viene usted por las pruebas. Tiene que salir y volver a entrar por la segunda puerta a la derecha.

—Vale, gracias.

No sabía de qué iba aquello, pero siguió las instrucciones automáticamente. Al entrar por la puerta le echaron bronca por llegar media hora tarde. Pero lo admitieron de todos modos. Un joven con bata blanca de laboratorio iba de un lado a otro recogiendo documentos en los que se suponía que él tenía que poner su información genética exclusivamente con fines de investigación. Se inventó un nombre y una dirección. En el encabezamiento de la página había escritas tres palabras en mayúsculas: SUJETO DE CONTROL. Le gustó la idea de convertirse en SUJETO DE CONTROL. Buscó el término con Google en su teléfono. *En la investigación científica, un SUJETO DE CONTROL es alguien a quien se usa como base para la comparación. Cuando se*

agregan todos los demás individuos que ejercen de sujetos de control, el grupo resultante se denomina grupo de control.

Aquello parecía una meta en la vida -ser comparable-, algo así como involucrarse en un timo piramidal emocional rematado con una fuente perpetua de energía erótica. Abandonarse despreocupadamente a la ciencia le recordó a la clase de sexo casual gestionado por la Inteligencia Artificial y facilitado por las apps que solía practicar antes de conocer a su última novia. Encontró varios estudios científicos en los que se solicitaban sujetos de control. Era un sujeto adecuado: llevaba mucho tiempo sin beber, fumar ni tomar drogas, no tenía enfermedades de transmisión sexual, no tenía enfermedades crónicas, no tenía historial de cáncer en la familia, era expatriado como todo el mundo pero apenas tenía acento reconocible, no era ni demasiado joven ni demasiado viejo. Se sentía vulgar, común, un sujeto médico normal y pasivo, la típica rata albina con ojillos escarlata corriendo en círculos por el lecho de serrín. Algunas convocatorias ofrecían un estipendio variable y requerían control de cumplimiento de la administración oral o parenteral de un tratamiento particular durante un periodo de tiempo, pero otras no. Sólo tenía que presentarse y dejarles manipular un cuerpo de formas supuestamente inofensivas y asintóticas. Ni siquiera le importaba que le hicieran un poco de daño; así no le recordaba a la irritante pulcritud de que lo engañaran para amar otra vez. Estaba despierto y caminó de vuelta al casino para dar gracias a la mujer, pero ya no estaba.

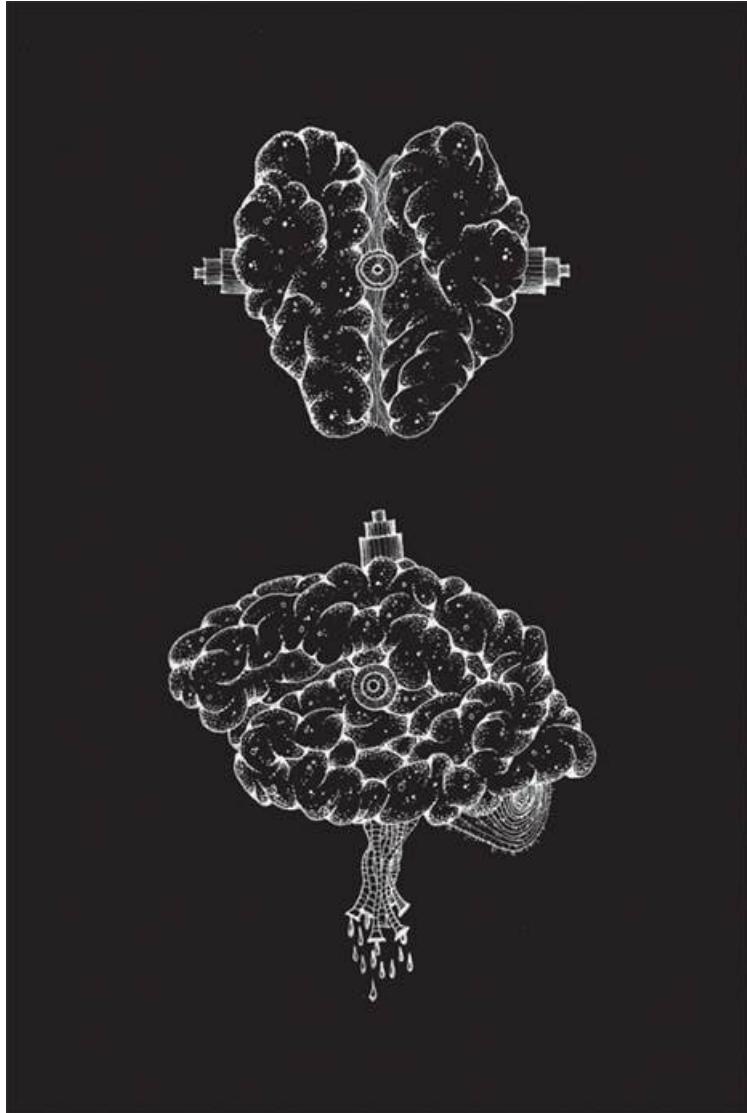
Generó un mapa con una bandera azul en forma de púa de guitarra para cada punto de población donde se estaban llevando a cabo pruebas que buscaban sujetos de control. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca. Ni muy al norte ni muy al sur. Si dejabas de lado las pruebas clínicas y de toxicidad de fármacos -la mayoría de las cuales requerían hospitalización y un seguimiento posterior largo-, las que quedaban no eran remuneradas, con la ventaja de que no hacía falta usar nombres reales ni números de cuenta bancaria, lo cual garantizaba el anonimato. Cuando llegaba, a menudo las salas de espera eran cápsulas vacías, y los investigadores le mostraban su agradecimiento por medio de distintas compensaciones -desde invitarlo a desayunar en la cafetería hasta regalarle parafernalia promocional como lápices, tazas, camisetas o memorias USB. Se alojaba en hoteles baratos cerca de los sitios donde se llevaban a cabo los estudios a fin de poder ir andando y evitar aparcar su coche en las inmediaciones. Llevaba ropa sencilla que se podía encontrar en cualquier parte: chándales estándar, vaqueros genéricos o trajes de dos piezas de supermercado sin marca.

La desorientación es un efecto secundario menor. Para el SUJETO DE CONTROL, todas las ciudades se convierten fácilmente en la misma ciudad, toda la gente se convierte en la misma gente, todas las calles en la misma calle. Un laberinto asombroso. Hacer trampas en el test del turista. No es como ir a territorios sin cartografiar para trazar sobre ellos un mapa de meados, es más bien como patinar en la superficie de un lago helado gigantesco, sin caminos a seguir, sin lugar donde esconderse, sólo seguir y seguir hasta que caes muerto de agotamiento y pasas a alimentar el hielo como si fueras un mamut. Si no te importa nadie, no le importarás a nadie; pasarás fácilmente desapercibido y entonces serás el SUJETO DE CONTROL perfecto, silencioso, obediente, discreto. En cuanto aceptas tu rol de SUJETO DE CONTROL, el mundo se abre a tu deambular, permaneces conectado a la realidad por medio de los pinchazos y

cuestionarios y mediciones e irradiaciones y magnetizaciones que te practican, como una máquina que permanece apagada la mayor parte del tiempo hasta que algún ex machina pulsa el botón que la vuelve a despertar. Haz clic aquí, flor de alhelí. Muestra tu carne maleable y nervioconectada al ojo metálico hueco del dispositivo de observación que abre poros transitorios en el cerebro mohoso. El SUJETO DE CONTROL huye permanentemente de su derrota química, ángel no deseado de la clase media anatómica matriz-sorbido en el útero-wok candente de la máquina de vapor. Las corrientes eléctricas húmedas matan a los parásitos inductores de ciber-matanzas durante su desfile amatorio de laboratorio en laboratorio. Vomita ese enredo de cables que te meten en el estómago, excreta las robo-pastillas con forma de minúsculos penes alienígenas que tragaste ayer con hialuronato diluido. El cuerpo a la ciencia: ésa era la abducción alienígena moderadamente sádica con la que él había estado soñando, semidesnudo entre robo-vampiros mecánicos desarticulados de los que salían cables de colores, someter su normalidad al infierno estadístico, no ser nada más que una cifra onírica perdida en una gráfica de píxeles aparcados, ver su propia carne y entrañas redibujadas por el semidiós mezclador de átomos y corruptor de códigos.

Nadie rechazaría una vida tediosa. El SUJETO DE CONTROL no quería entender de qué trataban los experimentos. Por supuesto, muchos detalles eran confidenciales o demasiado técnicos, pero se suponía que los investigadores tenían que compartir cierta información general con los SUJETOS DE CONTROL. No hay problema, mándenmelo todo por correo electrónico. Había abierto varias cuentas de correo alfanuméricas para aquellas situaciones. Luego se limitaba a borrarlo todo. Borrar, borrar, borrar. Correos electrónicos, banderas ya visitadas en el mapa digital, reemplazadas por marcas sutiles en su cuerpo que se borraban solas. Su cuerpo se convirtió en el mapa, las ciudades eran los pinchazos de agujas a medio curar y los rastros evanescentes de isótopos radiactivos de vida corta. Se convirtió en representación somatogeográfica del laberinto que había trazado una vez. Su cuerpo absorbió el mapa, lo convirtió en hormonas y anémonas, fue secretamente cortado en forma de masa de datos por las runas olvidadas de la experimentación aleatoria. No es como ir a territorios sin cartografiar para trazar sobre ellos un mapa de meados... Meó en el suelo nocturno y el charco metálico de orina mezclada con gasolina reflejó un bar de neón rojo y su propia inter-faz de SUJETO DE CONTROL.

4
HIPÓTESIS



La materia oscura es un tipo hipotético de materia distinto de la energía oscura, la materia bariónica (materia ordinaria como los protones y los neutrones) y los neutrinos.

La existencia de la materia oscura explicaría toda una serie de observaciones astronómicas ahora mismo desconcertantes. Su nombre alude al hecho de que no emite ninguna radiación electromagnética, como por ejemplo la luz, ni tampoco interactúa con ella, y por tanto resulta invisible a todo el espectro electromagnético. Aunque la materia oscura no ha sido observada directamente, su existencia y propiedades se deducen de sus efectos gravitatorios, como por ejemplo los movimientos de la materia visible, la lente gravitacional, su influencia sobre la estructura a gran escala del universo y sobre las galaxias y sus efectos en las microondas cósmicas de fondo.

(Wikipedia)

*En la inexistencia empobrecida de la forma informe,
los edificios son borrados hasta existir.*

John Trefry

*No tenéis ni idea de lo bonita que sería una forma de vida
de materia oscura; y es casi seguro que nunca lo sabréis.*

Lisa Randall

—¿Eres matemática? -le preguntó Addia a la mujer de mediana edad cubierta de tatuajes que tenía sentada al lado en el bar del casino.

—¡Eh! ¡Eres la primera persona que me encuentro aquí que reconoce mis patrones de tinta! Quizás mereces un premio, como por ejemplo que te enseñe adónde llevan... ¿Quieres otra copa?

—Ahora me siento una nerd, aunque seguramente no te importe... Gracias, estaremos más cómodas en una de esas mesas, si te parece.

—Me parece bien. Es la primera vez que te veo por aquí. ¿Estás sola?

—Soy una viajera solitaria, sí. Me he tomado un pequeño descanso del trabajo, aunque también estoy cumpliendo una especie de deber.

—Pero esta noche no...

—No, esta noche no trabajo, necesito quitarme unas cuantas cosas de la cabeza.

—Bueno, en mi experiencia emborracharse no es la mejor manera. O sea, el alcohol nunca es suficiente...

—Llevo un buen rato en las mesas de veintiuno, pero es muy aburrido. O ganas o pierdes. Las reglas son demasiado simples. Bueno, quizás a ti te gusta eso...

—No me gusta, créeme. Estoy muy de acuerdo contigo, los elementos son completamente simples, las reglas completamente invariables, los resultados completamente restringidos... No hay ninguna diversión cuando lo único que pasa es que o ganas o pierdes, una representación ritual de los cimientos binarios de la civilización: vida/muerte, yo/otro... Me gustan más los juegos generativos.

—¿Los juegos generativos? ¿Qué quieres decir? Seguro que me gustarían.

—Juegos que están reescribiendo continuamente sus propias reglas. No performativos, no orientados a metas, sin forma de alcanzar nada. Ni siquiera hay forma de concebir ningún logro. Soy nomófila. Me atraen las reglas en sí.

—Vale, ya no me siento lo bastante nerd.

—De hecho, las personas nacemos siendo jugadores generativos, pero luego nos colocan en un tablero de ajedrez de restricciones donde se supone que nunca hay que reescribir ciertas reglas, sólo pasarlas por alto a veces. Si te quedas dentro del tablero de ajedrez no hay felicidad posible, sólo sumisión y supervivencia.

—Todo esto me suena a psicoanálisis...

—No he leído gran cosa de psicoanálisis pero sí, creo que está lleno de reglas fijas. No hablo de reglas sociales, sin embargo, sino de reglas implícitas sobre las que se desarrollan culturalmente las reglas sociales.

—Te gustan más los senderos que se bifurcan...

—¡Exacto! Todos los caminos llevan simplemente a la siguiente bifurcación, pero nunca a un final.

—Pero cuando miras atrás...

—No hay atrás, no dejas ningún rastro, no hay terreno en el que dejarlo, no hay un tú. La otredad está distribuida.

—Ahora pareces una mística. Dijiste que tus patrones de tatuajes llevaban a alguna parte...

—Si vienes conmigo, te lo enseño. Hay una nada a la que quizás te guste que te lleve.

—Cómeme mi corazón digital. Bébeteme mi sangre mineral. Métete mi alma azul Klein en la botella de Klein de tu boca.

—¿O sea que has encontrado un pliegue en la realidad dentro del cráneo de un pobre tipo? ¿Ésa es la gran revelación?

—No es una gran revelación. De hecho, no es más que un dato inútil, pero...

—Cuando observas lo muy grande o lo muy pequeño, estás dispuesta a encontrar cosas extrañas o inexplicables. Pero cuando miras la realidad estimable, intentando que sea transparente y legible, esperas obtener los mismos resultados a base de hacer la misma cosa.

—Se supone que es así como ha de ser.

—¿Porque usas una máquina muy cara para hacer las fotos?

—Porque la máquina está diseñada para limpiar todos los datos no significativos.

—Eso sólo quiere decir que vas a considerar significativo todo lo que no haya excluido el software.

—Igual que consideramos significativo todo lo que nuestros cerebros no hayan pasado por alto...

—O sea que la pregunta real no es de dónde ha salido ese artefacto, la pregunta real es por

qué te preocupaba tanto interrumpir tu trabajo y tu vida para intentar encontrar a ese tipo.

—Y la respuesta real quizás sea que estaba esperando la primera oportunidad para escapar.

—Pero ahora vuelves...

—Sí, vuelvo. Tengo que reunirme con alguien.

Estás acostumbrado a pensar en los dioses y demonios en términos antropomórficos -o por lo menos biomórficos-, como algo que se parece a las criaturas vivas con las que ya estás familiarizado; si no humanoides, al menos con forma de animales o plantas. A veces adoptando forma de fenómenos terrestres o atmosféricos como los volcanes o las centellas, o de cuerpos siderales como el sol, la luna o las estrellas. De no ser así, resultarían inmateriales, invisibles, espirituales, sin forma, seres metafísicos. Pero imaginemos algo que, pese a ser material, físico, corpóreo y dinámico, no es bioide. Algo no impulsado fisiológicamente, ni siquiera determinado por una meta teleológica circular; no lo considerarías vivo. Algo que recicla energía pero no de la forma en que estamos acostumbrados a medirla. Algo que ni sigue ni contradice las leyes de la Naturaleza; como un evento cuántico extraño y no del todo explicado. Eso sí sería un monstruo de verdad; *performaría* como si ahí hubiera algo radicalmente distinto. Algo que quizás viniera del pasado o del futuro, y no porque hubiera “viajado” desde allí, sino porque siempre existiría en un espacio paralelo de posibilidades: materia cuasi-ensamblada meta-esperando el contexto ambiental oportuno para reordenarse de alguna forma inesperable. Como si el observador hubiera producido el fenómeno no a base de observarlo, sino por medio del proceso mismo de volverse susceptible de observación, porque la operación de volverse observador ha requerido el desarrollo previo de posibilidades de relaciones nuevas, un proceso auto-organizativo que abriría el universo a auto-organizaciones nuevas. Algo que, por ejemplo, podría ocupar el mismo espacio tridimensional que la materia actualmente observable pero que, por lo menos en sus fases iniciales de desarrollo, no interferiría con ella. ¿Acaso quien dice posesión debe implicar necesariamente convulsiones extremas, muebles volando, vomitar mejunje verde y girar la cabeza 360 grados? Ya conoces los priones, esas proteínas que inducen a que otras proteínas se re-plieguen y cambien de forma con efectos destructivos para las células; pues bueno, imaginemos algo parecido pero a un nivel distinto de realidad y quizás sin consecuencias perceptibles a corto plazo. Un proceso n-dimensional que se muestra a modo de segundo espacio tridimensional superpuesto y que late en nuestro mundo de fenómenos como si fuera un fallo técnico. Te imaginas al diablo como una bestia con cuernos que necesita dejar a personas o a reses embarazadas a fin de reproducirse. Ahora, en cambio, imagínatelo como una criatura metasticiosa que puede auto-ensamblarse en las condiciones adecuadas a partir del material base conveniente y luego no reproducirse sino expandirse, ocupar, amplificar y dispersar (como los hiper-villanos cósmicos de algunas novelas gráficas) eso que llamaríamos “oscuridad” porque desde nuestro punto de vista es un exterior que se infiltra; hasta que la oscuridad, de forma imperceptible, invade y consume toda la materia conocida y toda la energía conocida del universo conocido, metabolizándola en forma de la materia oscura del desconocimiento. Un demonio que acecha en el silencio que hay detrás del ruido de la vida.

No se trata del problema de observar lo “imposible”, es decir, un evento cuya posibilidad hemos considerado pero cuya probabilidad estimamos 0. No, el problema surge cuando observamos un evento cuya existencia anteriormente ni siquiera sospechábamos; es el llamado

problema del “conocimiento no anticipado”.

(S. L. Zabell)

Intentas convencerte de que no ha cambiado nada, de que sigue siendo posible continuar en la vida con los parámetros habituales de datos delimitados y con las atribuciones de relevancia emocional a acontecimientos familiares, pero la verdad es que todo contexto local ya ha quedado completamente desprovisto de información. Es espacio degenerado en tiempo, tiempo degenerado en nada. Vivimos en una era para vagabundos desapegados como Mori. Estrella sin cielo, métete en el dispositivo de navegación. “Tuve que matar a gente, ya sabes”, murmuró Pont el primer día en que hablamos de la posibilidad de montar nuestra propia compañía en Internet; así, con esas mismas palabras. Matar es un acto inmediato, local, personal, no informativo. Al principio creías que te lo estaba diciendo con ironía pero luego te diste cuenta de que había querido decir exactamente lo que estaba diciendo; guardándose las circunstancias específicas. ¿Acaso mató de lejos, como francotirador o piloto de drones, o en una pelea sangrienta cuerpo a cuerpo? Sabías, eso sí, que Gaspard había llegado de una zona de guerra muy cubierta por los medios y que muy posiblemente había estado en el ejército; aunque podría haber dicho simplemente que se había alistado para defender a su gente o bien que lo había reclutado a la fuerza alguna de las milicias. Venían a tu casa, te ponían un rifle en las manos y ya estabas alistado. Se suponía que tenías que ponerte a disparar si no querías que te mataran ipso facto y le dieran tu arma al pringado de al lado. Pero no fue eso lo que quiso decir; cierto, podía dar la impresión de que, bajo su punto de vista, haber estado en el ejército se podía entender como el mérito que solía ser antaño, una prueba de madurez, de coraje, de camaradería, de orgullo, como solía ser en otra época y todavía era en otros lugares. Pero lo que Gaspard quiso decir en realidad era que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para el progreso de nuestra empresa; que si había matado a gente cuando lo necesitaba, cualquier acción que fuera a emprender ahora le resultaría un juego de niños. A ti, educado como consumidor de violencia y no como productor, esa determinación te resulta al mismo tiempo ajena y aterradora. A ti, que no sabes hacer nada desde cero, que ni siquiera dominas las herramientas de tu oficio, si es que tienes algún oficio.

No ser abiertamente bienvenido no quiere decir ser abiertamente rechazado. Todo es mucho más complicado e involucra una tensión extraña que a menudo se resuelve de una forma ritualmente violenta que excluye la agresión física, por lo menos en su fase inicial, porque toda acción provoca una ritualización. Gaspard desempeñaba dos roles esenciales: como supuesto académico -antes de su presente ocupación había adquirido cierto prestigio académico-, estaba contribuyendo a preservar el archivo que tenía que permitir la supervivencia de un antiguo mundo de sabiduría cruel, que determinaría la selección de las especies amablemente invitadas a unirse al arca, qué debía sobrevivir y qué no, qué valía la pena recuperar, reconstruir, extraer y reconocer. Qué tenía que preservar su pureza y no podía remezclarse, hibridarse o replicarse. Pero también estaba concediendo continuidad a través de la catástrofe. Facilitando que el Dios previo al Diluvio siguiera existiendo después del Diluvio. La verosimilitud de un mito no afecta en absoluto a su condición mítica. Tampoco afecta a su eficacia a la hora de instituir nuevos discursos de poder. En tanto que mito, el Arca de Noé vale tanto como un asteroide liquidador de dinosaurios.

Gaspard no se daba cuenta de que su práctica contradecía por completo la idea que estaba

comprometido a transmitir. No sabía que ya pertenecía al mundo nómada, al nuevo planeta inundado, a una tierra sobre la cual, quienes se asientan en un lugar o en una idea ya han sido derrotados. Gaspard, igual que Noé, no era más que una marioneta, una cáscara de nuez arrastrada por el tsunami implacable.

Addia estaba tumbada en la piscina, flotando bajo la luz sedosa del sol como una araña ingravida en su telaraña orbital, sintiendo la superficie del agua como si rezumara y se extendiera desde su piel, imaginándose cómo sería segregar algo capaz de sostener tu peso corporal, pegada a la superficie, esperando a que un tiburón te diera el primer bocado. Mandando señales muertas a un mundo flotante de películas de polvo, bolsas de plástico, hojas cayendo, hierba seca, árboles heroicos, cemento y cristal. Centelleos de luminosos abortos espontáneos. Debían de haber redimensionado las claves. Empezó a llover con violencia sobre la superficie del agua, golpeando la piel desnuda de Addia con furia de metralla de hierro. Se sumergió y se quedó quieta en el centro geométrico del poliedro de agua como un insecto atrapado en ámbar. Cuando volvió a emerger a la superficie, como un vídeo que regresa a la pantalla después de un breve apagón, el mundo ya era una mutación del mundo y la gente parecía haberse extinguido. Ella había viajado de X a Y en busca del hombre que había provocado el fallo de la máquina sólo para enterarse de que todos los datos personales de aquel hombre eran una invención. Su teléfono y su número de la seguridad social no existían, y el apartamento donde se suponía que vivía lo compartían tres camareros jóvenes que nunca habían oído su nombre. No era más que un voluntario no retribuido, de forma que nunca le pedían documentación, sólo que rellenara un par de formularios estándar para los archivos de datos sin procesar y, por supuesto, un largo documento otorgando su consentimiento informado y su acuerdo que él había firmado sin leérselo. Después de los primeros resultados, cuando le pidieron que volviera al cabo de un par de días para repetir los escaneados, se mostró de acuerdo de inmediato y fue muy solícito y amable todo el tiempo.

En pantalla, una escena de un grupo de *Homo sapiens* observando un asentamiento de *Homo neanderthalensis* desde lo alto de unas rocas. Os creéis el pináculo de la evolución -dice Gaspard-el-conferenciante, que obviamente ha estado folla-leyendo unos cuantos libros de ciencia/teoría-ficción, todo buen cripto-publicista sabe que Dios al orgulloso levanta y al humilde quebranta, y ahora se presenta con atuendos inspirados en Sun Ra con intención de espantar a los usuarios de Adidas-, una idea absolutamente no científica pero consecuencia directa de la expansión del monoteísmo, de la creación de un solo dios a imagen y semejanza del hombre que le habría concedido a la humanidad el dominio de su creación. Pero la verdad es que las especies de éxito son las que tuvieron más tiempo para trabajar en la adaptación y por tanto perfeccionaron sus mecanismos, sus interacciones, sus contactos, su naturalidad en el fluir. Y el *Homo sapiens* - volviendo a la proyección-, los primates en general, sólo llevan un segundo en la tierra... Todavía son -somos- muy imperfectos.

Los biólogos dan por sentado que nuestra ventaja, sin embargo, reside en el hecho de haber heredado los ajustes y mejoras de todos los seres vivos que nos han precedido. Las experiencias esenciales de otros seres resumidas en el lenguaje en apariencia descifrable de las cadenas del ADN. Somos una remezcla de las experiencias de otros seres, de sus interacciones, de sus intentos exitosos de seguir siendo ellos a través del tiempo, que se convirtieron en el trasfondo necesario para el cambio. Formas de recoger materia del entorno y reordenarla siguiendo el rastro de un

recuerdo de vida. Pero todo ser vivo también es un rechazo. Somos bacterias que dejaron de ser bacterias, peces que renunciaron a ser más peces, rechazamos las formas anfibias y reptiles de vivir y de prosperar, no somos el producto de un movimiento hacia delante sino de una serie de saltos a los lados. Los biólogos dan por sentado que, en cierta manera, lo que le funciona a una bacteria o a un lagarto le funciona a un humano. ¿Debería ser así? Seguramente sí en ciertos niveles de comportamiento -como obtener energía o sintetizar macromoléculas para construir formas y mantener funciones básicas-, pero en otros sentidos una ameba, una mosca, un tiburón y un chimpancé funcionan de formas muy distintas. Y entre estos, en la medida en que cada uno funciona según lo que es, el chimpancé es el que lo empeora todo, porque tuvo menos tiempo -y por tanto menos formas de testarse a sí mismo- para hacer los ajustes más precisos.

El *Homo sapiens* apenas ha tenido tiempo para demostrar su mérito como especie. No ha llegado a un estado de equilibrio simple, como las bacterias o las abejas, que les ha permitido avanzar sin obstáculos por el tiempo, sin preocuparse de posibles saltos a los lados. El *Homo sapienstodavía* es una especie desequilibrada, todavía no ha encontrado las circunstancias más adecuadas para sobrevivir; y esto nos hace ser una especie *con miedo*. Podemos imaginarnos la historia humana como una descripción a muy pequeña escala de algunos de los cambios producidos por la incomodidad de acabar de llegar a un ecosistema; nuestra agitación intelectual no es más importante que las preocupaciones metabólicas que experimentaron una generación tras otra de bacterias hace mil millones de años hasta alcanzar un equilibrio aparente en el cual los grandes cambios estructurales ya dejaron de parecer necesarios. Los seres exitosos, entendiendo aquí por éxito la continuidad en la existencia, mantienen un equilibrio de flujo que encaja perfectamente en el flujo del ecosistema. Cuando las poblaciones cambian al mismo ritmo que su entorno, el cambio individual puede ser revolucionario, puede ser un paso lateral. Los torpes y acelerados giros y desvíos del *Homo sapiens* ponen en evidencia su inmadurez, su enorme potencial de posibilidades todavía no sincronizadas con el mundo que lo ponen tan cerca de la extinción y tan en sintonía con ella, porque la vida es el parque de atracciones de la muerte, y el ser es el minúsculo y efímero laberinto donde la nada juega.

Los biólogos creen que un ser vivo determina su orden, pero la realidad parece ser mucho más complicada. Es posible que, a medida que vayamos descubriendo lo que pasa en otros ámbitos de la realidad, incluyendo lo que hay más allá del planeta en el que habitamos en este momento, tengamos que abandonar el concepto de vida y reemplazarlo por el de “repeticionistas”; incluyendo aquellos seres que, como un virus, un prion o, por qué no, un artefacto tecnológico, no se consideran exactamente vivos pero son capaces de usar lo que los rodea para producir copias más o menos idénticas de sí mismos. Y entonces quizás nos demos cuenta de que el quid de la cuestión no está en la individualidad de cada espécimen -ese producto secundario de la sofisticación de la reproducción sexual-, sino en las posibilidades de diferencia, los campos gradientes, que se establecen entre ellos.

El fin y el principio del mundo están en todas partes, el mejor/peor de los tiempos dickensiano. Así se expresa el impulso de supervivencia en los humanos: tienen que ser relevantes, no pueden limitarse a ser aburridos, irrelevantes, prescindibles, superfluos, una simple nota a pie diminuta en la historia del Cosmos. Deberían ser capaces de cometer las mayores

atrocidades y después ser aptos para arreglarlas. Deberían ser capaces de usar dioses o tecnología para poner el universo al borde del colapso, y luego, en el último momento, usar dioses o tecnología para salvarlo.

La idea de pensar en la cognición como un resquicio no improbable sino esperado en la realidad anatómica vino de hablar con Mori. No algo que se filtra en las profundidades del cerebro animal, sino un modo de ser auténticamente abstracto, una para-fuerza abre-poros no-panfísica general emergente. Que la para-fuerza te acompañe. Lo más probable en mi opinión era que el artefacto fuera consecuencia de un problema intermitente de software que tuvo lugar por coincidencia al procesar los escaneados del individuo en cuestión; la cosa tenía más aspecto de imagen madreperlada de sabiduría mecánica desafortunada que de cualquier caso posible de anomalías encefálicas. Le dije a Addia que aquel virus del software podría haber sido reparado a distancia por sacerdotes-técnicos tras recibir una más que probable notificación del personal de mantenimiento de la casa, alertado por la misma Addia. El TAC, sin embargo, usaba un software completamente distinto, procedente de un proveedor evangélico distinto -y siendo como era una máquina de rayos X sofisticada, medía la densidad de los tejidos de forma completamente distinta-, así que no tenía sentido que ambos procesadores de imágenes estuvieran mostrando exactamente el mismo fallo técnico. ¿Acaso se trataba de una no-cosa que intentaba adoptar forma, coagular para volverse una sí-cosa? Una no-cosa que había establecido aleatoriamente una serie de límites particulares (parecía estar contenida dentro del cráneo, como una colonia de gotas de agua lloviendo centrífugamente en un estallido esférico, aunque en ningún momento se llevaron a cabo escaneados de cuerpo entero). Quizás no hubiera nada en el software ni tampoco nada en su cerebro ni nada en su mente. Quizás no fuera una entidad metafísica ni tampoco un ser vivo tal y como entendemos esas cosas. Quizás aquella no-cosa estaba dentro del cráneo igual que un genio dentro de un jarrón o igual que el humo en una habitación, o un gato peludo en el cajón de Schrödinger, y nuestros tejidos blandos, húmedos y de corta vida fueran igual de desechables para ella que el aire vacío para nosotros. Aquella no-cosa no se estaba comiendo el cerebro, sino respirándolo.

Aun así, yo me seguía decantando más por la explicación del software, quizás una extraña comunicación viral entre máquinas estocásticamente emparejadas en un ejemplo epifánico de espacio-tiempo.

Filtrada por un hacker anónimo a Stagemst, sólo hay una imagen conocida tomada por microscopio electrónico del megavirus sintético, silencioso y no inmunogénico LiBaiXH90361. El megavirus LiBaiXH90361, bautizado en honor al famoso espía chino Li Bai, fue supuestamente desarrollado por un laboratorio secreto de bio-inteligencia chino en 2016 a modo de primer virus artificial diseñado para transportar información artificialmente codificada en su ADN. Su cápside vírica no es una envoltura proteínica convencional, sino que está hecha de un nanomaterial sintético no inmunogénico que no infecta las células ni se recombina con el genoma del huésped. Una vez inyectado por vía intravenosa, el megavirus LiBaiXH90361 viaja libremente y quiescente por el flujo sanguíneo humano o animal y sólo es detectable en una muestra de sangre por medio de un análisis de espectrómetro de masas. Se dice que una cifra no determinable de perros y humanos ya se han convertido en verdaderas bibliotecas de virus-archivos clasificados, sin saber que están transportando en su ADN mensajes codificados ocultos e indetectables. Sin embargo, un

grupo de microbiólogos de la Universidad de Miskatonic, que descartan toda esta historia como una noticia falsa más en el campo de la bioingeniería, han identificado la imagen como una simple fotografía borrosa de un líquen creciendo en una pared de líquen.

Todas las ciudades son ciudades falsas, lo que pasa es que algunas se falsearon hace tanto tiempo que la gente que vivía en ellas se olvidó de su falsedad y ahora creen tener infraestructura y alma. Los idiomas, la ropa y las ciudades se inventaron para evitar la comunicación, la evidencia insoportable de ser capaces de entender a los demás por medio de la imagen, el olor, el tacto, el sabor y el sonido de sus cuerpos. Las ciudades, la ropa y el lenguaje obstaculizaron la pulsión antropófaga de los humanos, el impulso original de auto-extinguirse a base de guerras tribales caníbales ininterrumpidas. “Me he comido tu brazo”, me susurraba al oído Addia, “y ahora estoy en posición de regurgitártelo de vuelta”. Como sueños desnaturalizándose en el ácido clorhídrico de mi vómito. Abrió la boca tanto como pudo sin desencajarse las mandíbulas. “Soy una cueva”, dijo. El lenguaje, la ropa y las ciudades quedaron repentinamente excluidos de nuestra primera colisión, salimos bailando convulsamente del parque donde nos habíamos visto por primera vez, como átomos resonantes generando señales de radio-frecuencia, reordenando todos los cuerpos llenos de agua que nos rodeaban, perros, gatos, pájaros, peces y gente encarados al sol poniente como si se lo acabara de tragar de repente un agujero negro.

En realidad, a mi ex alumno no le intrigaba para nada el artefacto; era Addia quien estaba intrigada. Antes de reunirnos hablamos por teléfono un par de veces y me pidió que no fuera a la clínica, sino que concertáramos un encuentro en el parque. Al principio le parecía lógico que el director y principal investigador de la clínica simplemente quisiera pasar por alto los escaneados; a fin de cuentas se descartan resultados erróneos de experimentos todo el tiempo, es la rutina diaria de cualquier laboratorio. A Addia le dijeron que no perdiera el tiempo intentando re-procesar digitalmente las imágenes y ciertamente era comprensible, era comprensible que su jefe prefiriera que ella dedicara su tiempo bien remunerado a tareas más productivas. Pero resultaba extraño que el comité le hubiera pedido específicamente que no guardara ninguna copia de los escaneados; era algo que jamás se hacía con aquellas imágenes, que independientemente de que fueran buenas o malas se archivaban por defecto en el ordenador central para que todos los investigadores tuvieran acceso a sus copias digitales. De forma que Addia transfirió todos los datos a su portátil y se limitó a guardar los archivos en un disco duro que tenía en casa. Un día mi nombre salió durante una conversación con mi ex alumno y ella recordó haber leído algunos de mis antiguos ensayos académicos. Se acordaba de haber asistido a una de mis charlas. Me recordaba con dos brazos y mucho más joven.

Le pidió a mi ex alumno que me llamara antes de partir rumbo a la ciudad donde supuestamente vivía el voluntario.

Los tres camareros residentes en la supuesta dirección del voluntario la invitaron a café. La máquina de expresos parecía una extraña gárgola amenazadora y ella tuvo miedo de que le envenenaran el café, de forma que rechazó la invitación. Los camareros se disculparon por lo sucio y desordenado que estaba todo el piso, por culpa de sus largos horarios laborales, simplemente se levantaban y se preparaban para ir al trabajo. Trabajaban todos en el casino local,

a un par de calles de distancia. Addia salió de la casa al cabo de un par de minutos, preguntándose por qué no se le habría ocurrido nunca hacerle una foto al voluntario con el teléfono. Tener una imagen externa -además de las representaciones digitales internas soñadas por las máquinas de escaneado- resultaría muy útil para buscar al individuo. En realidad no se acordaba muy bien de su cara, dado que no había pasado más que un par de segundos en la misma sala que él. Le pidió a mi ex alumno -que se había encargado de todos los detalles hasta el momento de entrar en las máquinas- que se lo describiera, pero mi ex alumno no tenía buena memoria para las caras.

A menudo fantaseamos con la posibilidad de que los ordenadores mangoneen con los cerebros humanos, de que nos lean las mentes, controlen nuestra conducta, borren o induzcan frutos-recuerdos, manipulen al rosado proveedor de la extraña conciencia. Cuando pensamos al revés, se supone que la mente humana se puede transferir al ordenador tal como la percibe el yo que la observa -como si nuestros recuerdos no equivalieran a nuestro último recuerdo y nuestros pensamientos a nuestro último pensamiento-, y supuestamente se queda allí congelada, sin modificar, quizás para siempre, ya sea en una matriz seráfica o en el infierno de un basilisco. Satanás es un ordenador, dice el meme.

La posibilidad de que un cerebro humano infecte de forma no intencionada una máquina casi nunca se plantea, aunque todas las máquinas que conocemos están de alguna forma infectadas por la humanidad, no sólo por quienes deciden sus límites de interacción con el medio, sino por la superestructura antrópica que determina los límites de interacción con el medio de esos mismos humanos. Se supone que tenemos que alimentar de forma voluntaria a las máquinas y que su conducta terminará reflejando nuestra voluntad. ¿Pero y si el artefacto es resultado de una interferencia no detectable originada en un cerebro e introducida en la máquina? ¿Y si el software estaba intentando leer más allá de nuestros límites deseados, representando y recodificando señales inesperadas como sombra de la materia? Materia de sombras. Todas las máquinas son portadoras de enfermedades humanas.

—Por cierto -le pregunté a Addia-, ¿has hablado de esto con los fabricantes del software?

—¿Estás buscando al tipo por curiosidad o por miedo? -le pregunté.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

Piensa en líquenes, en hongos, en las hierbas invasoras de la nada.

—¿Miedo a la muerte?

—¿Pero la curiosidad y el miedo a la muerte no son lo mismo?

—Sólo para los adultos.

Pero, de hecho, sí que tenía miedo, y no sólo a la muerte, sino también a dejar de entender unos modelos fiables de la realidad susceptibles de usarse como cimientos de mundos de juego imaginarios, igual que la ciencia era para ella el único sistema de reglas que quedaba capaz de mantener unidos a los humanos en un espacio racional atópico pero referencial mientras ellos se divertían soñando con sus cuerpos. Pero si la ciencia también estaba rota -y parecía estarlo-, el escudo invisible de energía que cubría la piel humana se estaba viniendo abajo, esfumándose como si fuera simple aire, desollando la carne y exponiendo los cuerpos a una jodienda sobrenatural.

Toda expresión verdadera de amor se funde con la muerte. Tendones, venas y nervios se entretejen para estrangular el aire, los espinazos se apelotonan como trilobites. Cerebros metidos dentro de otros cerebros como muñecas rusas.

Gary J. Shipley, *The Face Hole*, p. 245.

Corre el rumor de que hay una droga nueva en la ciudad. La llaman Kloud y se supone que induce un estado transitorio de agnosia visual que algunos han intentado relacionar con la visión de las máquinas. Supuestamente los que la toman pierden la capacidad para percibir formas durante un par de horas, de manera que reciben y replican información visual “en bruto” que parecen xeno-organizar abstractamente en lo que se llama “apofenia no-humana”. Esas percepciones no están almacenadas por la memoria y en realidad no queda registro interno de su existencia, dado que el único material al que los consumidores pueden acceder para recordar su experiencia son vídeos que les graban sus amigos durante el estado alucinatorio agudo. Algunos de esos vídeos se pueden encontrar en Internet, normalmente con las caras desdibujadas o pixeladas a pesar de que la droga todavía no es exactamente ilegal. Los sujetos balbucean sonidos ininteligibles y ejecutan movimientos descoordinados mientras intentan sincronizar el lenguaje con unos estímulos visuales inefables, de tal manera que cuando después observan los vídeos no tienen manera posible de evocar o reconstruir lo que les estaba pasando por la mente. Parecen entender lo que dicen sus amigos, sin embargo. Parecen capaces de seguir instrucciones verbales sencillas pero tampoco las memorizan. En este sentido, se dice que el efecto del Kloud es una experiencia irrepetible y puramente contingente, ni entendida ni recordada, una percepción que tiene lugar -ni siquiera hay un tiempo verbal adecuado para hablar de ello- completamente fuera del tiempo humano.

Hay un par de reglas no escritas: nada de violencia y nada de música. Se entiende que mencionar cualquier forma de penetración corporal es una falta de respeto. Revelar el lugar a otra gente es una cuestión de decisión personal. Para llegar hay que conducir por carreteras secundarias y luego subir una montaña durante al menos un par de horas extras hasta encontrar uno de los accesos a las entrañas de la montaña. Es una anti-peregrinación libidinosa. En cuanto te atreves a penetrar por una de las bocas de las cuevas hay que hacer un poco de espeleología. Puede que te desorienten los ecos reverberantes de gemidos y chillidos, pero encontrarás ayuda en forma de símbolos fosforescentes pintados en la pared de roca. El ojete de Satanás es un centro de reunión situado en una laguna oculta alimentada por un manantial de aguas sulfurosas cálidas y doradas donde toda clase de gente descarga su carne desde las nubes maternales para unirse en una aglomeración de lujuria anónima y masturbación colectiva, y con el tiempo mutua. El estanque es casi un pequeño lago volcánico provisto de una cornisa costera larga y poco profunda en los márgenes y una fosa profunda en el centro. La mayoría de la gente se limita a tumbarse en la cornisa y dejar que la capa de aguas amarillas les cubra el cuerpo, de forma que si te quedas allí verás caras en éxtasis iluminadas por las lámparas de petróleo que normalmente la gente deja sobre el regolito. A veces alguien se pone de rodillas o de pie, no hay problema con exhibirse de cuerpo entero. Con unas pocas excepciones, se espera que te dejes tocar por cualquiera que se te acerque, aunque la meta de la experiencia no suele ser que te hagan pajas. Quizás parezca extraño que haya gente que viaje distancias largas para hacer algo que puede hacer en la intimidad de sus

hogares viendo su selección personal de porno, pero hoy en día se puede hacer casi todo en la intimidad de tu casa y aun así la gente va adonde sea sólo para tener la experiencia de haber estado allí, rodeado de desconocidos en alguna calle-museo abarrotada. A veces alguien va nadando al centro de la laguna, flotando con facilidad en la superficie del agua saturada de minerales y esperando que el diablo en persona -famoso por lucir una boca extra en el extremo inferior de los intestinos- le dé un lametón bajo la forma esférica de una enorme burbuja emergente de gas fétido.

—Odio esos rollos hippies, oye -dijo alguien.

Así que Addia había leído algunos de mis antiguos ensayos académicos, me contó, aquellos viejos ensayos que proponían una hipótesis para cuya investigación yo no había conseguido desarrollar un método y que llevaban olvidados más de veinte años.

—Decías, básicamente, que no estamos prestando la atención suficiente al silencio, una idea que me encantaba. Por eso quería tu opinión sobre el artefacto.

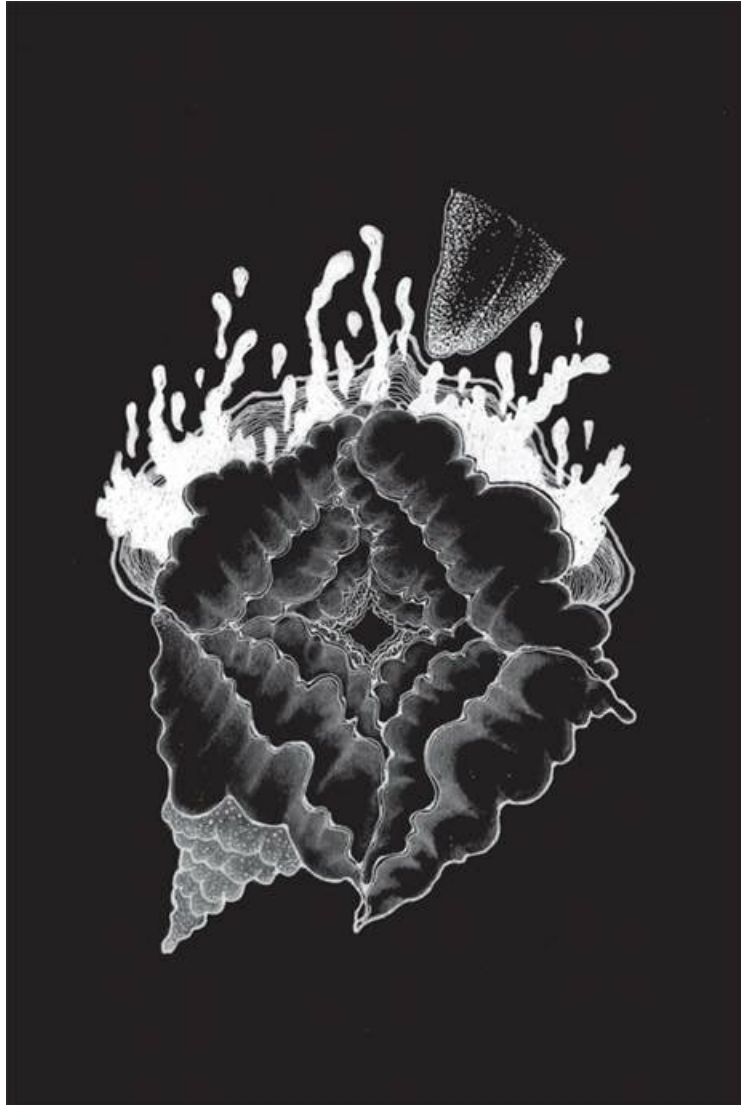
El silencio, sí. En realidad, lo que yo sugería era que centrábamos demasiado nuestra atención en el ruido, en el crepitar de las neuronas al encenderse y en medir los intervalos entre picos, en la excitabilidad -tejidos excitables, materia excitable-, y sin embargo no contábamos ni con la voluntad ni con la tecnología ni con las herramientas conceptuales ni las agallas para escuchar su silencio. Su exceso molecular de quietud. Yo sostenía que el ruido no tenía por qué representar toda la actividad, que quizás las señales más importantes estuvieran codificadas en negativo, en forma de no reacciones, de quietud. Y que esa actividad ruidosa no era más que una forma de subrayar la actividad silenciosa -quizás el secreto de la cognición estuviera oculto ahí, en la inacción-; que el ruido escopeteante que estábamos analizando en realidad no era más que ruido de fondo en torno al cual se organizaban mundos enteros de silencio.

Al diablo le gusta hacer bromas anatómicas, es más: se han descrito muestras biológicas falsas específicamente diseñadas para engañar a máquinas analíticas. Así pues, ¿por qué no podría existir una especie de nube biocompatible y semidensa? ¿Pero quién podría haber diseñado algo así?

La simulación mesenquimal de la vida seduce a la máquina, quizás la máquina sueña un cerebro, quizás ha heredado de la humanidad la obsesión vana por simular una mente y ha decidido empezar con una mimesis formal, dibujando la sombra del aspecto que tiene un cerebro. La máquina fue programada para repetir los mismos patrones a modo de respuesta a los mismos estímulos, pero, ¿qué pasaría si estuviera intentando trazar su propio dibujo, componer su propio croquis para empezar a averiguar qué hay en el reverso de su armazón metálico, un espejo intentando traspasar a su otro lado, al silencio donde estallan todos los espejos, como un océano caminando sobre su propia espalda? Pero, ¿por qué ahora? ¿Y por qué él? La ciencia está en el corazón de la magia.

5
EPÍLOGO

∞



*Es la verdad. Ella no esperaba nada y no ha encontrado nada.
Salvo lo que puede confirmar, esta nada sobre nada.
¿Qué puede demostrar un silogismo? ¿O acaso hay que construirle una vida
dentro, a este plano vacío y tabular?*

Joyelle McSweeney

El jardín de noche está lleno de ruido silencioso, polillas cayendo helicoidalmente como plumas en plena danza de la muerte, copos de nieve tibia ascendiendo como burbujas según sus negras costumbres, zigzagueando entre gotitas de agua antigravitatorias, chavales rompiendo los zarcillos coronarios de hiedra de las lejanas tapias en ruinas antes de pintarrapear con espray de neón sus superficies sucias e irregulares, ciempiés borrachos corriendo en círculos, flores follándote los dedos con cólera rural y amor de rocío, estrellas enanas suspendidas en el aire alquitranado, gusanos de seda volando sobre alfombras mágicas hechas con billetes de un dólar, ojos coronados sobresaliendo de labios rosados y húmedos, mentiras de sal marina susurradas por las rosas mientras las abejas duermen bajo mantas de arena dorada y los dígitos calculadores vuelan como luciérnagas sobre las puntas de las briznas de hierba y los capullos empezonados. Agitas los dedos ensangrentados para atraer a larvas metálicas y plantas hematófagas. Ahora los chavales corren en círculos, danzando dementes y orinando contra la tapia en ruinas: el silencio ruidoso de la noche del jardín es un matadero de datos de detritos. A base de ser esférica, la noche rueda sobre sus cabezas.

Me visto, hago clic en el cielo azul que asoma al otro lado de la ventana del dormitorio para subir a Internet mi carga de amor, salgo de casa de Addia y me vuelvo a mi hotel, cruzando ahora el parque, con sus meandros de agua y detritos rodantes de plástico, ahora sentado, dando vueltas a una sombra sobre el verde desaliñado depredador de luz de sol, pensando en el flogisto, en la miasma, en los humores y en la probabilidad exigua de encontrar una extraña plaga contagiosa y todavía durmiente en una fase asintomática de incubación, como si el misterioso sujeto fuera el paciente cero fugitivo de una de esas infecciones post-apocalípticas zombificadoras come-cerebros que sólo se pueden prevenir a base de matar a hachazos y con motosierras y decapitar y quemar a sus portadores. ¡A la mierda todo el mundo, que se extienda la contaminación! No es que la especie humana entera merezca morir -en realidad “merecer” es una palabra vacua y moralista que yo nunca usaría-, es que nada importa, nada ha importado nunca pero ahora lo sabemos y nos alegramos, y aun así seguimos haciendo cosas como si algo importara. A fin de cuentas, el final no vendrá dentro de ningún envoltorio de regalo romántico de luz y fuego. Nadie, ni por omisión ni por acción, llevará a cabo la obra de arte final de la extinción masiva. Ninguna inundación ni asteroide gigante. No habrá epopeya ni tragedia ni drama antropocénico; nos pudriremos poco a poco, nos clonarán y nos convertirán en payasos y se nos meterán dentro unos gusanos parásitos que nos quitarán la razón y el placer y nos mantendrán con vida por interés propio. Caeremos y fracasaremos y volveremos a fracasar y nos retro-harta-limentaremos y fracasaremos mejor en nuestro intento de aniquilarnos a nosotros mismos. De manera que vuelvo andando a mi hotel y me

doy una larga ducha caliente y me vuelvo a poner mi armadura fantasma y me visto con elegancia y salgo a desayunar y quizás me quedo otra semana de mierda en la ciudad, hasta que se me terminan las vacaciones.

¿Pero quién es el científico loco?

A Addia le traen sin cuidado mis descabelladas especulaciones -huevos de vapor inyectados por alienígenas, rumores políticos putrefactos, fantasmas-polilla con forma de Pazuzu, hechizos de vudú inacabados o cualesquiera enfermedades contra-natura-, no considera que el artefacto sea un fenómeno significativo, aunque sí está comprometida con su pasmosamente obstinada ausencia de significado, con su asombrosa falta de parecidos con nada, con la amenaza que le plantea a su preciso y activo método de curiosidad si no lo descarta. Addia anhela recopilar datos inútiles, carentes de significado y propósito y experiencias aleatorias e incomprensibles, preguntándose si la máquina será capaz de producir artefactos por puro capricho -atontados por la multitud en una realidad reproducida y sin embargo aprendida para hacer arte-, hasta que se disparen las alarmas y su capricho emergente sea realineado con la vana intención de sus controladores humanos, de manera que el artefacto sea un artefacto verdadero, un logro del arte, no del sentido-otro sino del mismo sinsentido, desprovisto de restricciones utilitarias, una simple reproducción turbia creativa aleatoria de una imagen común individualizada del cerebro humano, la reformulación de un retrato en forma de interfaz burlona -igual que los humanos se han vuelto reproducciones caprichosas de los inter-heces que creían ser-, de forma que el verdadero descubrimiento, y la amenaza creíble, no sería la existencia de parásitos antagonistas que siguieran sus propias metas, sino la emergencia, la expansión, la posible invasión de no-metas en seres en apariencia diseñados con metas. Una máquina que no se vuelve inteligente, consciente, malvada, divina ni nada de lo que podamos pensar, querer o temer que sea, sino que simplemente se pasee por el paisaje de átomos y energías igual que podría haber hecho cualquier puñado longevo de materia en cualquier momento del universo. De forma que desayuno y me voy al centro comercial casi abandonado en un intento de encontrar reliquias bituminosas del pasado reciente con la conjetura de que en realidad el artefacto soy yo, ese cibernético de edad avanzada solitario y manco que publicó unos ensayos académicos sobre el silencio hace mucho tiempo, mientras vivía en otro país ahora borrado del mapa, probablemente olvidados, tenazmente googleados, encantadoramente manipulados, fantasmalmente follados, y que ya no tiene nada más que hacer durante diez largos días que lamer sedimentos de pólvora de cuerpos de hierro y matarse a base de soñar, y el jardín de noche sigue lleno de ruido silencioso a lo largo de la mañana de la noche, una oscuridad sin corazón.

